

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 27. — N° 827.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

La demolición de la Ciudadela de Barcelona; grabado. — Sentido moral del teatro. — Sucesos de España; grabados. — Revista de París. — Al corazón. — Don Francisco Sanchez Barbero. — Las inundaciones de 1868; grabado. — Excursiones escolares en Suiza; grabados. — Don Rodrigo Calderon. — Atentado contra la vida del virey de Egipto; grabado. — La Francia pintoresca; grabados. — Debe y haber, novela escrita en alemán por Gustavo Freitag. — Problemas de ajedrez; grabado. — El meteoro del 7 de octubre de 1868; grabado. — El general Santos Gutierrez, presidente de los Estados Unidos de Colombia; grabado.

La demolición de la Ciudadela

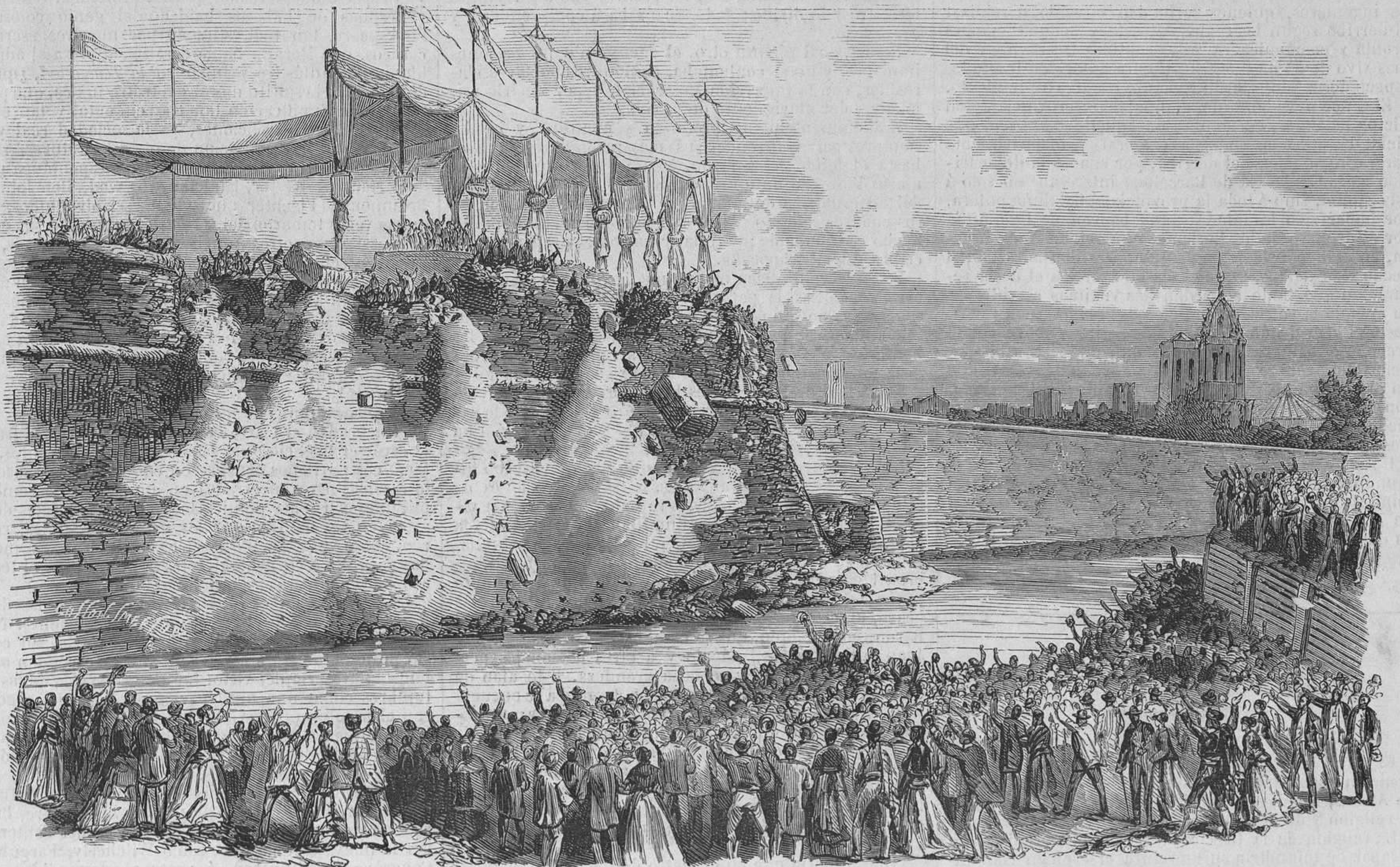
DE BARCELONA.

La demolición de la Ciudadela de Barcelona ha dado lugar el 16 de octubre á una ceremonia que se ve representada en el primer dibujo de este número, y sobre la cual nos vamos á extender en los siguientes por menores. En la comitiva que se formó para inaugurar las obras del derribo, figuraban las autoridades y corporaciones invitadas, los veteranos y los nuevos alcaldes de barrio, y acompañaban al cortejo oficial tres

músicas: la del ayuntamiento, una de infantería y la de artillería.

A las doce del día salió de las Casas Consistoriales y se dirigió por las calles de Jaime I, Platería y Espadería, al fuerte que debe desaparecer. Toda la carrera estaba llena de espectadores y eran numerosos los que habia en el glacis inmediato al Jardín del General. Junto al primer rastrillo tocaba piezas patrióticas una charanga de la guarnición de esta plaza. Las guardias del fuerte estaban formadas y los tambores batian marcha al pasar las autoridades.

En la plaza de la Torre se hallaban formados varios piquetes de las tropas de la guarnición con sus respectivas músicas y charangas, que al llegar la comitiva tocaron el himno de Riego. Entre tanto algunos indivi-



SUCESOS DE ESPAÑA. — Barcelona. — Ceremonia del derribo de la Ciudadela el día 16 de octubre de 1868.

duos de la Junta provisional se dirigieron á la torre. Estos, lo propio que los demás individuos de la Junta, llevaban las fajas y cintas con los colores nacionales que les fueron regaladas como prueba de aprecio y gratitud y tuvieron que ponérselas á instancias de los que les hacían tal distinción.

Una vez en la parte superior de dicha torre derribaron algunas paredes de ladrillo que años antes se levantaron para convertir en cárcel parte del antiguo mirador de Santa Clara. Al caer aquellas paredes que habían oído tantos gemidos de las víctimas allí encerradas, la música volvió á tocar el himno de Riego mientras el pueblo daba vivas á la libertad y gritaba ¡abajo la Ciudadela!

El baluarte que da frente á la calle de Topete, Cádiz ó de la Revolución, antes de la Princesa, estaba lleno de curiosos, pues se había permitido la entrada al público sin distinción. A duras penas pudieron las autoridades abrirse paso para llegar al punto designado para la ceremonia de la inauguración del derribo, la cual verificó el señor presidente de la Junta provisional don Tomás Fábregas, después de haberse leído desde dicho baluarte el decreto de la Junta y la alocución de la misma.

Como el bordillo de este baluarte estaba ya removido, la brigada de operarios que estaba ya preparada, al grito de ¡Viva la libertad! que dió el señor presidente echó abajo toda la parte removida, entre los ecos de las músicas y los vítores de los espectadores. Muchas de las personas que se hallaban en dicho baluarte quisieron derribar por sus propias manos parte de la muralla. Un niño que se encaramó en una garita en la cual se conservaba aun una de las campanas que antes había en ellas, no cesó de repicarla durante la ceremonia. Los dependientes del municipio repartieron entre tanto ejemplares impresos de la alocución.

Por todos lados aparecieron operarios que con indecible ardor continuaron el derribo, mientras la comitiva se dirigía por la ex-calle de la Princesa á las Casas Consistoriales. Al llegar allí el señor Fábregas dió las gracias á los concurrentes por haberle acompañado á una ceremonia que ansiaba el pueblo todo, y terminó victoreando á la libertad, al ejército y á la marina española. El señor Mascaró, secretario de la Junta provisional, manifestó que estando próximo el día en que debía cesar esta en el difícil cometido que se le había confiado, tenía una particular satisfacción en poder consignar que uno de sus últimos actos hubiese sido la inauguración del derribo de la Ciudadela, y dió un viva al pueblo barcelonés.

El señor alcalde constitucional don Salvador Maluquer, manifestó las dificultades materiales que se atravesarían para realizar el derribo con la celeridad que el público ansía, y por lo mismo que no pudiendo hacer imposibles, todos debían calmar la impaciencia de los que desean que se realice en breve espacio de tiempo. Añadió que si bien el ayuntamiento carece de recursos, confía que no le han de faltar para un objeto tan patriótico, sin embargo de que por los cálculos que el municipio tenía hechos, se necesitan 400 millones de reales para derribar debidamente dicho fuerte, y por último indicó que se había puesto de acuerdo con el cuerpo de ingenieros, quienes se habían ofrecido á realizar el derribo según las reglas del arte y de una manera pronta y económica. A estas sentidas frases hijas del mas vivo deseo de nuestra primera autoridad local, los espectadores contestaron con un viva al ayuntamiento.

El señor presidente de la diputación provincial, don Victor Balaguer, en nombre de aquella manifestó que dicha corporación se ofrecía moral y materialmente para la realización del derribo, por cuanto la desaparición de la Ciudadela de Barcelona interesaba no solo á esta capital, sino á toda la provincia, á Cataluña entera, por haber sido levantada como padron de ignominia por el primero de los Borbones que reinaron en España, en castigo de la defensa que de sus libertades habían hecho los catalanes; que el día de ayer era el de la reparación que tanto aguardan las víctimas sacrificadas en aras de la patria defendiendo las ruinosas murallas, hasta el día en que el ejército de Felipe V entró por la brecha del baluarte de Santa Clara; que si con la aparición del primero de los Borbones se había destruido un gran número de casas para levantar la Ciudadela, con la desaparición del último Borbon debía destruirse dicho fuerte para levantar de nuevo los hermosos barrios que mandó derruir Felipe V.

Un aplauso general resonó en el Salon de Ciento al pronunciar estas palabras el señor Balaguer, quien terminó su improvisación diciendo que si la construcción de la Ciudadela inauguró el reinado del absolutismo, su derribo debía iniciar el imperio de la libertad.

D. DE B.

Sentido moral del teatro.

(Continuación.)

El teatro griego, sin antecedente en otras naciones, creación espontánea, y completa del cielo inspirador de Atenas, brotó, por decirlo así, perfecto y acabado, de la religión y de la cultura.

La religión de la Grecia idólatra y materialista era incapaz de infundir á su literatura el espíritu contemplativo, la aspiración á lo infinito, el estudio de las

emociones recónditas del alma; misterioso tesoro de afectos escondidos, que estaba reservado descubrir é iluminar á la santa luz del Evangelio. Pero, fundada en los impulsos visibles de la naturaleza, y sostenida y alimentada por la fantasía sensual de una raza eminentemente artística y sensitiva, tenía para las artes el privilegio de ofrecer exclusivamente á la admiración tipos de belleza terrestre y externa, mas perceptibles y mas determinados que aquellos que, como *Segismundo*, *Hamlet Fausto* y *Manfredo* se forjan en la imaginación mística y soñadora de los poetas cristianos.

La cultura moral de los griegos, acrisolada por el espiritualismo de sus grandes filósofos, idealizada por la sublimidad heroica de sus poetas, y fortalecida por el instinto enérgico de la independencia íntima del alma, alto don de la raza helénica, ennobleció el materialismo de sus creencias, y le quitó el carácter rudo y grosero que tuvo en otros pueblos menos pródigamente dotados por la mano divina.

Lo poderoso, lo grande, lo útil tenía á los ojos de los griegos carácter divino: de cada una de las fuerzas de la naturaleza, de cada una de las pasiones vigorosas del hombre hacían un dios. ¿Qué mucho que los dioses y los héroes llegasen á confundirse en su religión dramática y pintoresca? Parecía de análoga ó igual esencia lo bello y lo sagrado: sus modelos de belleza estatuaría eran sus ídolos; sus tipos de grandeza ideal, los personajes de sus tragedias, esto es, sus dioses y sus héroes ó semidioses. Con este sistema de perfección ideal tangible, á la par artística y religiosa, sistema que formaba el mas peregrino y armonioso conjunto en las artes, en las letras y en la sociabilidad de los atenienses, aquel pueblo privilegiado, el pueblo estético por excelencia, llegó á sentir y á comprender la belleza cual ningún otro la comprendió jamás.

Del espíritu moral del teatro inglés, teatro, así como el griego y el español, verdaderamente creador y original, muy poco he de decir, cabalmente porque podría sobre él escribirse un libro entero, y temo salir involuntariamente del ceñido espacio en que me coloca el presente discurso.

La primera figura que se presenta, eclipsando á todas las demás, en el teatro inglés, es la de Guillermo Shakspeare. Propiamente hablando, no tiene antecesores ni sucesores, Shakspeare constituye por sí solo un teatro, pero de tal amplitud y grandeza, en cuanto al conocimiento del alma humana, que no ha tenido igual en ninguna nación ni en ningún tiempo. Aquel genio poderoso no se siente atado por las cadenas de la imitación. Busca en sí propio la fuerza dramática, y la encuentra varia é inagotable, y la emplea con calor y con ímpetu incomparables, sin cuidarse de lo que hicieron griegos y romanos.

A un espíritu de observación de extraordinario alcance, á una sensibilidad privilegiada y á un sentimiento poético de primer orden, unía Shakspeare la imaginación mas fecunda, mas flexible y mas universal que ha tenido acaso ser alguno en la tierra. Era su facultad soberana. Todo lo abarcaba aquel ingenio singular. Lo real y lo ideal, lo bueno y lo malo, la risa y el llanto, lo material y lo fantástico, lo positivo y lo abstracto, lo terrestre y lo divino: todo alcanzaba á comprenderlo y expresarlo.

Poseía, cual ningún otro, el secreto de las pasiones humanas, y no se contentaba, como otros poetas esclarecidos, con la impresión superficial, y por decirlo así, poética, del movimiento de la vida.

Era eminentemente profundo y analítico y bajaba siempre, para sorprender sus mas recónditos impulsos, hasta el fondo del corazón. Reunía y amalgamaba en maravilloso conjunto los grandes instintos del filósofo, del historiador y del poeta. Le han acusado de dar en sus cuadros sobrado realce á la perversidad humana. El hecho es indudable: pero la acusación es propia de una crítica estéril y apocada.

Shakspeare no hace nada á medias. Retrata con pincel vigoroso, así la perversidad como la virtud, porque sus figuras no son copias individuales de la vida común; son emblemas de los afectos y de las pasiones de los hombres, y esos emblemas deben ser pintados con grandeza y llegar á las consecuencias extremas de los móviles decisivos de las acciones humanas. En esto coincide Shakspeare, sin saberlo, con el teatro griego, que lo engrandece todo, levantando lo malo y lo bueno á una esfera ideal.

Los crímenes de los personajes de Shakspeare son gigantescos, porque son gigantescas las concepciones de este grande hombre. Shakspeare había apurado, en vicisitudes desventuradas y humillantes, la hiel de la vida, y propendía, por lo general á considerar la humanidad bajo un aspecto extremadamente severo y sombrío. Iago y Ricardo III son el ideal de la maldad; pero ¡cuán odiosa la presenta! ¡Cuán distante está Shakspeare, en esta parte, de los escritores modernos; de lord Byron, por ejemplo, que se complace en revestir á don Juan, á Cain, á Sardanápalo y á otros personajes perversos de cierto barniz de falsa grandeza. Este afán de crear criminales sublimes, que por desgracia se encuentran en muchos de nuestros romances vulgares, monstruosas apoteosis de sanguinarios bandoleros, no cabía en el sano entendimiento de Shakspeare. Despedaza á veces, sin miramiento alguno, el alma y los ojos con espectáculos horrendos; pero lo hace buscando en ello la lección moral. Sus delincuentes son lo que deben ser en la escena: verdaderos delincuentes, repugnantes y desalmados.

¿Qué importa que en el teatro despliegue la perversidad todo su poder y quite la máscara á todos sus secre-

tos, si el poeta logra inspirar con ellos al espectador aversión y espanto? Hasta las mujeres de los dramas de Shakspeare causan indecible horror, cuando las pinta dominadas por abominables instintos. Góneril, lady Macbeth, Créssida, son cuadros magistrales de femineal depravación. Shakspeare no se satisface, como casi todos los escritores dramáticos, con bosquejar los efectos de las malas pasiones: pinta sus vaivenes, su fuerza progresiva, que corroe y tiraniza el corazón, y acaba por presentar sus desastrosos efectos como lógicas consecuencias de los extravíos del alma. Esta es la alta enseñanza moral de la escena, y en ella nadie aventaja al gran dramático inglés.

Cuando, por el contrario, quiere describir el aspecto noble, puro y risueño de la humanidad, ¿quién sabe, como él, pintar tipos de gloria, de virtud y de moral grandeza? *Juan de Gaunt* es un modelo venerable de la lealtad de un caballero, comparable á los del teatro español, fértil y copioso campo de virtudes caballerescas: *Ricardo II*, corregido, en la amarga escuela del infortunio, de sus juveniles extravíos, es uno de los caracteres mas nobles y levantados que puede ofrecer la historia de las turbaciones políticas de los Estados.

Poseído de la alta idea de que, aun destronado, debe mantener intacta la majestad de los monarcas, ve en su persona, mas que un hombre, una institución sagrada, y este sentimiento infunde en su ánimo una fortaleza sublime, que le impide mancillar en lo mas mínimo su augusta é indeleble carácter. Pero la figura de *Enrique V* eclipsa, en arrojo, en lealtad y en cortesía á todas las demás. Es un dechado de monarcas, de adalides y de caballeros.

En los caracteres de mujer llega el genio de Shakspeare á la mas alta perfección. Este *titán de la tragedia*, como le ha llamado la Alemania moderna; ese escritor, que, sin contemplación á la parte melindrosa del público, lleva hasta la violencia la pintura del crimen en las almas desenfrenadas, retrata á las mujeres inocentes y puras con una verdad y una delicadeza á que no ha llegado ningún otro escritor dramático. No son los *viragos* políticos de Corneille; son mujeres verdaderas, con su embeleso, su irreflexión y sus encendidos afectos. Desdémón, Viola, Ofelia, Miranda, Cordelia, Julieta, Virginia, Imógenes, ¡qué coro de ángeles! Todas estas mujeres son diferentes. Solo se asemejan en el candor, en la fidelidad, en el amor á Dios y á sus deberes, en la nobleza de sus sentimientos, en ese encanto indefinible de la mujer honrada, que Shakspeare sentía con intenso fervor.

El espíritu cristiano y caballeresco de la edad media, contrastando en ello abiertamente con la civilización pagana, había idealizado el amor, y convertido este sentimiento en una mezcla de afecto humano y de veneración divina. Shakspeare vivía en un tiempo en que no se habían entibiado todavía aquellas místicas tendencias, que cuadraban grandemente á la índole genial del poeta. Él no aborrecía, como Eurípides, á las mujeres; «El amor es mi único pecado,» decía donairoamente; y la perfección ideal de aquellas celestiales figuras demuestra que llevaba hasta el éxtasis la delicada ternura y la especie de adoración que les profesaba.

Después de haberlos hablado del genio colosal de Shakspeare, tan mal estimado por nuestros escritores clásicos, que Moratin llama desatinada pieza al admirable drama fantástico y simbólico *la Tempestad*, ¿qué he de decirlos del espíritu moral del teatro inglés, que pueda tener una significación tan trascendental y tan elevada? Con pocas excepciones, ya la sociedad real y positiva, ya la servil imitación de otras literaturas, se reflejan en el teatro sin idealismo y sin espontánea grandeza Marlow, Wester, Middleton, Heywod, Ben Johnson, Beaumont y Flechter que solían escribir unidos, y algunas veces tomaron del *Quijote* el asunto de sus comedias, así como otros muchos escritores famosos, dan muestras señaladas del ingenio; algunos, como los dos últimos, se distinguen en los cuadros de pasión; pero todos ceden al impulso avieso del público, y los mas forman sus dramas trasladando á la escena la vida real al pormenor, esto es, sin elección ni síntesis, sin elevación ni poesía; bien al contrario de Shakspeare, que se levantaba sobre el público y lo dirigía, y lo que es mas, lo dominaba.

No pocos autores de los reinados de Jacobo I y Carlos I degradan el teatro con la procacidad de la frase y el carácter licencioso de las ideas y de los asuntos. Los fanáticos puritanos censuraron con razón los abusos de la escena; pero encerrados en un fanatismo sombrío, mirando con rabia política los honestos deleites de las artes, en vez de reprimir los extravíos morales, cortaron, como vulgarmente se dice, por lo sano, y á mediados del siglo XVII prohibieron absolutamente el teatro, al cual llamaban capilla del diablo.

La restauración de Carlos II trajo consigo las diversiones públicas con el ímpetu de las reacciones. No la honesta alegría; la corrección se hizo moda. Su corte, sin pulimento y sin alegría, que al cabo esconden algun tanto la grosería del vicio, fué en la historia de las costumbres como una anticipación de la época conocida con el nombre proverbial de la *Regencia*, que suena en la posteridad como un anatema contra la decencia y la moral. No hay para qué decir si el teatro desplegó entonces todos sus escándalos.

Después de Dryden, erudito crítico y poeta, refundidor poco feliz de algunos dramas de Shakspeare, brillaron varios autores dramáticos, mas ó menos contenidos por la nueva escuela que, como Wilcherly, Fargubar y Congreve, sustituyeron á veces al desmedido, pero franco desenfadado de la era anterior, refinamientos de

forma y barruntos de sentimentalismo, que constituyen en el teatro la hipocresía de la corrupción. La época literaria, brillante, pero artificial, de la reina Ana introdujo en la escena mas circunspección y mas decoro. El espíritu pseudo-clásico francés, malamente ingerido en Inglaterra, si no despertó el genio libre y vigoroso del antiguo teatro, contribuyó al menos con su ceremonioso espíritu á mantener la dignidad moral. Lillo y Rowe escribieron dramas y tragedias sentimentales. Steele, Cibber y otros, comedias clásicas desmayadas.

Addison, tenido en aquel tiempo por un genio, como campeón de la falsa escuela aristotélica, creyó consagrarse para siempre con su decantada tragedia *Caton*. Hoy se cae esta tragedia de las manos, como toda obra dramática sin movimiento y sin vida. Es un *Caton* glacial, sin elevación romana, sin ímpetu republicano, que se hace admirar como una falsa estatua, no como un hombre de acción vigorosa y de incontrastables sentimientos.

Mas adelante, mediado el siglo XVIII, el teatro inglés, connaturalizado ya, mas ó menos, con las estrechas formas de la escuela francesa, produjo algunas comedias notables, satíricas ó de carácter, como *la Mujer celosa*, de Colman, traductor de Terencio y de Horacio, *la Escuela de la maledicencia*, de Sheridan, y algunas otras obras dignas de honrosa recordación. En balde Garrick, actor y poeta, como nuestro malogrado don Julian Romea, á cuya memoria me complazco en rendir ahora un justo tributo de admiración y de lágrimas, se afanó por resucitar, con su elevado y conmovedor talento escénico, el grande impulso dramático del siglo de Shakspeare.

La antigua inspiración habia muerto, y no alcanza la voluntad individual á producir ese movimiento moral, grande y creador, que guardan para épocas históricas determinadas los arcanos de la Providencia. Pero es forzoso reconocer que, en esta segunda mitad del último siglo, el sentimiento puramente moral fué grande y severo en el teatro inglés. Si algo hay que tachar literariamente en esta sana tendencia, es que el decoro y el pudor en la escena llegaron hasta la nimiedad y el melindre. Lord Byron, arrastrado por su ardiente é indisciplinado espíritu, rompió con estos miramientos, que guardaban de consuno á la moral pública la sociedad, las letras y las artes.

Volvamos ahora la vista, siquiera sea por un solo instante, á los grandes móviles de la antigua escena española. ¿No veis resplandecer en las obras dramáticas de la dorada edad de nuestro teatro, el espíritu elevado, generoso y caballeresco que animaba en aquel los gloriosos tiempos á la nación entera? Era época de afectos vigorosos, de creencias arraigadas, de encumbrados instintos. La fe, alma del mundo moral, lo dominaba todo: fe en la religion, fe en la monarquía, fe en la virtud.

El honor no era, como hoy día, una idea que se discute y se avalora: era un sentimiento, era un culto. Llegaba á veces, no lo niego, á la exageración; cosa es llana: tenia, como todo culto, sus momentos de fanatismo, pero ¿quién se atreve á condenarlo? ¿Cuándo halló el hombre la medida cabal é inflexible de los grandes impulsos de su alma? ¿Cuándo los justos y eternos linderos de la verdad moral? Yerro por yerro, es mas bello el que nace de las fuerzas que crean, que de las fuerzas que disuelven: mas noble el que brota del exceso de un sentimiento que engrandece y levanta, que el que emana de un móvil que enerva y esteriliza el corazón.

¡Error hermoso, el fanatismo del honor! Pudo llegar, y llegó muchas veces, al extravío. El mismo teatro antiguo lo patentiza. Solo os recordaré como ejemplo los tremendos actos de desagravio de ofensas del honor en las tres admirables comedias *el Alcalde de Zalamea*, *García del Castañar* y *A secreto agravio secreta venganza*.

En esos actos, hijos de una civilización materialmente menos refinada, pero mas enérgica y vigorosa que la nuestra, traspasa el honor la valla del deber, tal como lo establecen los principios regulares y acompasados de las modernas sociedades. Lejos de mí la idea de glorificar al honor que no sabe vivir dentro de los linderos de las leyes, y que hace al hombre sangriento juez de su propio decoro, tal como él lo entiende, segun las costumbres, las preocupaciones y el ímpetu idiosincrático de su índole personal.

Pero hay que considerar que los personajes típicos del teatro antiguo español no son imagen inmediata de la vida práctica y real; son emblemas de carácter, como los del teatro griego, en que todo se engrandece y extrema para dar mayor fuerza y realce á las nobles creencias y á los altos sentimientos nacionales.

Todos conocemos ahora, como conocia el público de Rojas y de Calderon, que hay algo violento é ilegal en la conducta de Pedro Crespo, García del Castañar y de don Lope de Almeida, que toman por su mano venganza de agravios personales. Pero aquel público sentia instintivamente, como nosotros, y acaso mejor que nosotros, que hay algo ideal y emblemático, algo grande y extraordinario en aquellos robustos caracteres, que anteponen, denodados é inquebrantables, la noble ilusión del honor á todas las contingencias reales y amargas de la vida. Entendido de esta manera el sentido moral del teatro español del siglo de oro, ¿cuál de nosotros se atreveria á condenar aquellos actos desmesurados como perniciosos á la sociedad y contrarios á los fueros del arte?

La escuela dramática hoy en boga, desviada del campo de la fantasía, daña y calumnia á la sociedad, retratando con colores simpáticos el vicio y la deshonra, como circunstancias comunes y naturales de su sér moral. El

escepticismo moderno, sujetándolo todo á controversia, acabó con las puras emociones de la fe, y su hijo, el racionalismo, con mostrarse ahora tan sabio y orgulloso, no disipa las dudas, y prendado solo de la realidad material, apaga el fuego de los sentimientos, mata el entusiasmo, fuente sagrada de toda inspiración, y da vida á la terrible enfermedad moral de nuestro tiempo, la indiferencia, funesta, entre todas, para las letras y las artes.

La significación moral del teatro francés en la época de verdadero esplendor, es, no solo de muy alta ley, sino además la expresión de una cultura extremadamente noble y atildada. Corneille carece de sensibilidad verdadera. La rigidez del carácter romano, que tanto se complacía en pintar, pasa á sus heroínas, que obran y discurren, no como mujeres, sino como hombres astutos y ambiciosos. Pero tiene una elevación y una grandeza incomparables.

En las tragedias *el Cid*, *Cinna*, *Polvencis*, *Horacio*, *Pompeyo*, *Rodoguna*, hay escenas verdaderamente sublimes, y caracteres que traen á la memoria la ideal elevación del teatro griego. Racine, aunque encadenado por el artificio de las doctrinas de Aristóteles, no muy bien comprendidas y aplicadas, acierta á pintar afectos con naturalidad y viveza, y se connaturaliza de tal manera con la majestad y la elegancia del estilo trágico, que se atreve á decir las cosas mas íntimas y prosáicas, sin descender del pedestal encumbrado en que se coloca irrevocablemente por respeto á la escuela clásica.

Junia, por ejemplo, es bárbaramente arrancada del lecho y conducida de noche, entre soldados, en paños menores, al palacio de Neron. Estese enamora repentinamente de ella al verla con tan sencillo arreo. Racine no se arredra del carácter, en verdad poco clásico, de esta circunstancia poco familiar, y la refiere con la fácil elegancia en que nadie le ha igualado:

Belle, sans ornement, dans le simple appareil
D'une beauté qu'on vient d'arracher au sommeil.

Este hábil circunloquio salva lo escabroso y trivial de la anécdota. Todo puede decirlo quien sabe así respetar las leyes del decoro escénico. Los críticos de la reacción romántica se han encarnizado, y no sin causa, si se atiende á los principios teóricos absolutos, contra las infinitas impropiedades del teatro llamado clásico del siglo de Luis XIV. Razón tenían sin duda cuando hacían notar la extraña contradicción que hay entre el lenguaje nimiamente delicado, elegante y cortés de la *Ifigenia* de Racine, y la barbarie de una época en que existían sacrificios humanos.

Tambien con razón se burlaron hasta los clásicos, dentro todavía del siglo XVIII, de la ridícula impropiedad del traje y continente de los actores. Cinna se presentaba en escena con peluca de bucles, Neron con chorrera, Andrómaca con tontillo y Augusto con sombrero de plumas. Tal es el imperio de los requisitos convencionales de cada época en el teatro.

Molière, usando sin medida de la libertad del poeta-cómico en sus imitaciones de las farsas italianas, y menos contenido, por consiguiente, que los grandes trágicos en los límites del decoro escénico, fué mas adelante, maduro ya su elevado talento dramático, un modelo acabado de espíritu observador, de intención filosófica, de sal ática, de lenguaje urbano.

No animaba á la escena francesa del tiempo de Luis XIV el espíritu libre y popular de los teatros de Grecia, de España y de Inglaterra: era un teatro esencialmente pulido y cortesano. La parte que en él tomaba el impulso social era la elegancia y el refinamiento de formas de las clases aristocráticas, que se hizo simpático y general en la nación francesa, menos espontánea que otras en la creación artística y literaria, y aficionada por lo mismo, á formas exquisitas y atildadas. El teatro francés tomó un camino estrecho y embarazoso, que ponía en prensa al ingenio y obligaba á cierta falsedad de situación y de lenguaje, con sus exageradas unidades, con su espíritu constantemente encopetado y ceremonioso y con su infecunda ley de la imitación.

Pero no por eso deja de tener alto sentido moral y nacional: el de la cultura en ideas, en formas y en palabra; cultura que es uno de los caracteres mas determinados de la índole peculiar de las costumbres en los tiempos modernos. En este punto de vista, el teatro clásico francés tiene carácter propio, y representa un aspecto importante de la civilización europea.

Trastornado despues el mundo moral con las ideas innovadoras del siglo XVIII, pronto se quebrantaron los principios y las influencias que preponderaban en el siglo de Luis XIV; creencias, hábitos, clasificación social, todo se alteró, y el espíritu moral del teatro torció sus antiguas tendencias. Voltaire, cuyo talento dramático es incontestable, singularmente en la pintura de las pasiones, es el testimonio mas visible de este violento y casi repentino cambio. Su estilo es ingenioso y brillante, pero se trasluce demasiado el artificio: no es ni la majestuosa serenidad de Racine, ni la vehemente entereza de Corneille.

En las tragedias *Olimpia*, *el Fanatismo*, *Mahoma*, *Edipo*, *Alzira* y *los Guebrós*, están en su mayor parte inspiradas por las aviesas tendencias del incrédulo, que aspira, antes que á producir nobles ó tiernas emociones, á ejercer acción política en la opinión. Los principios conservadores del orden social, la religion revelada, el sacerdocio, los patriarcas, los profetas, las sagradas Escrituras, todo lo que constituye los principios his-

tóricos de la fe, está escarnecido ó solapadamente atacado con tan mal intencionadas como aparentes alusiones.

El estrecho campo de un discurso para tan amplia materia como la que en este momento nos ocupa, me impide juzgar como merece el sentido del teatro alemán, hermanado con la filosofía idealista, creación casi de nuestros días, pero creación verdadera y luminosa. Os diré únicamente que, á mediados del siglo último, cuando la escuela doctrinal pseudo-clásico descarrilaba por estrecha senda las letras españolas, Lessing en Alemania, solo, sin sucesores que le abriesen camino, contra viento y marea de los críticos alemanes de su época, y con un ímpetu y un arrojo que solo cabe en quien represente el impulso de una nación entera, rompió las cadenas de la imitación francesa, que allí lo avasallaba todo, y daba al teatro *Minna de Barnhelm*, *Emilia Galotti*, *Nathan*, primeros dramas escritos con espíritu exclusivamente alemán.

Del fecundo campo que él sembraba, brotaron en breve dos grandes poetas dramáticos nacionales. Shiller y Goethe. Ambos, el primero ardoroso y apasionado, indiferente á la verdad histórica, dominado por las preocupaciones de su tiempo, pero en alto grado elocuente y conmovedor; el segundo, ya llevando al teatro con asombrosa originalidad ideas filosóficas trascendentales, ya haciéndose eco del espíritu popular y de las tradiciones germánicas, crearon repentinamente un teatro de vigoroso y nacional impulso, que ocupa un lugar altísimo en los anales de la literatura dramática.

¡Cuán diferente espíritu prepondera en el teatro francés de nuestro tiempo, que, ya en traducciones, ya en imitaciones, da, por desgracia, pábulo á la escena española! Como si no bastasen á alimentar el interés dramático los sentimientos nobles, los ímpetus sinceros del alma, las pasiones ardientes y descaminadas, pero hijas de elevados impulsos morales, ó como si el arte hubiese agotado el manantial inagotable de las ideas eternamente verdaderas y de los sentimientos fundamentales del corazón humano, la poesía dramática contemporánea se afana lamentablemente por buscar, como nudo y esencia del pensamiento de la fábula, sentimientos falsos, móviles vergonzosos, pasiones monstruosas, que, en realidad, no son pasiones verdaderas, sino sofismas morales de una sociedad gastada y corrompida.

Innumerables ejemplos podria presentaros. Me limitaré á citar uno de ellos, el mas reciente: *Paul Forestier*, drama de un escritor famoso, que ha sido á un tiempo embeleso del público y escándalo de la crítica. No hay en él ni caracteres verdaderos, ni situaciones verosímiles, y en cuanto á sentimientos, todos son falsos y artificiales, ó mejor dicho, no son sentimientos: son extravíos pasajeros y contradictorios, indignos de ser tomados por base del pensamiento moral de una obra dramática.

Amor que no es amor, celos que no son celos, la intervención de un padre que se expone á justas reconvenções de su hijo, porque para corregir á este no obra como indulgente ó severo, sino como engañoso y taimado, y sobre todo esto, móviles esenciales de la trama, de tan torpe y cínica naturaleza, que no me atrevo ahora á expresarlos, porque no hallo, en verdad, palabras con qué darlos á entender, sin lastimar el decoro de este grave recinto y los respetos que se deben al ilustrado concurso que en este día nos honra. Emile Augier, del mismo modo que otros autores le han precedido en tan escabroso camino, conoce á su público, sabe el hechizo que en él producen la habilidad de la forma, las galas del lenguaje y la seducción del estilo, aun en las mas falsas y violentas situaciones, confía en el poder fascinador que producen admirables actores, y se burla de lo demás.

¡Cuán to ha andado el teatro francés en la pendiente de la decadencia moral en los últimos treinta años! No os hablaré de Scribe, que, fuera de su portentoso instinto del enredo dramático y del movimiento escénico, poseía en alto grado el primero de los dones de un autor cómico, esto es, el de encontrar el lado irrisorio y festivo de los vicios sociales contemporáneos, por mas triste, prosáica ó dramática que sea su esencia. El supo arrancar la risa de las conspiraciones, de los motines, del pandillaje político, de la ambición á la moderna, y de otros extravíos trascendentales de las ideas y mal encaminadas costumbres de nuestro tiempo, que por lo comun arrancan lágrimas.

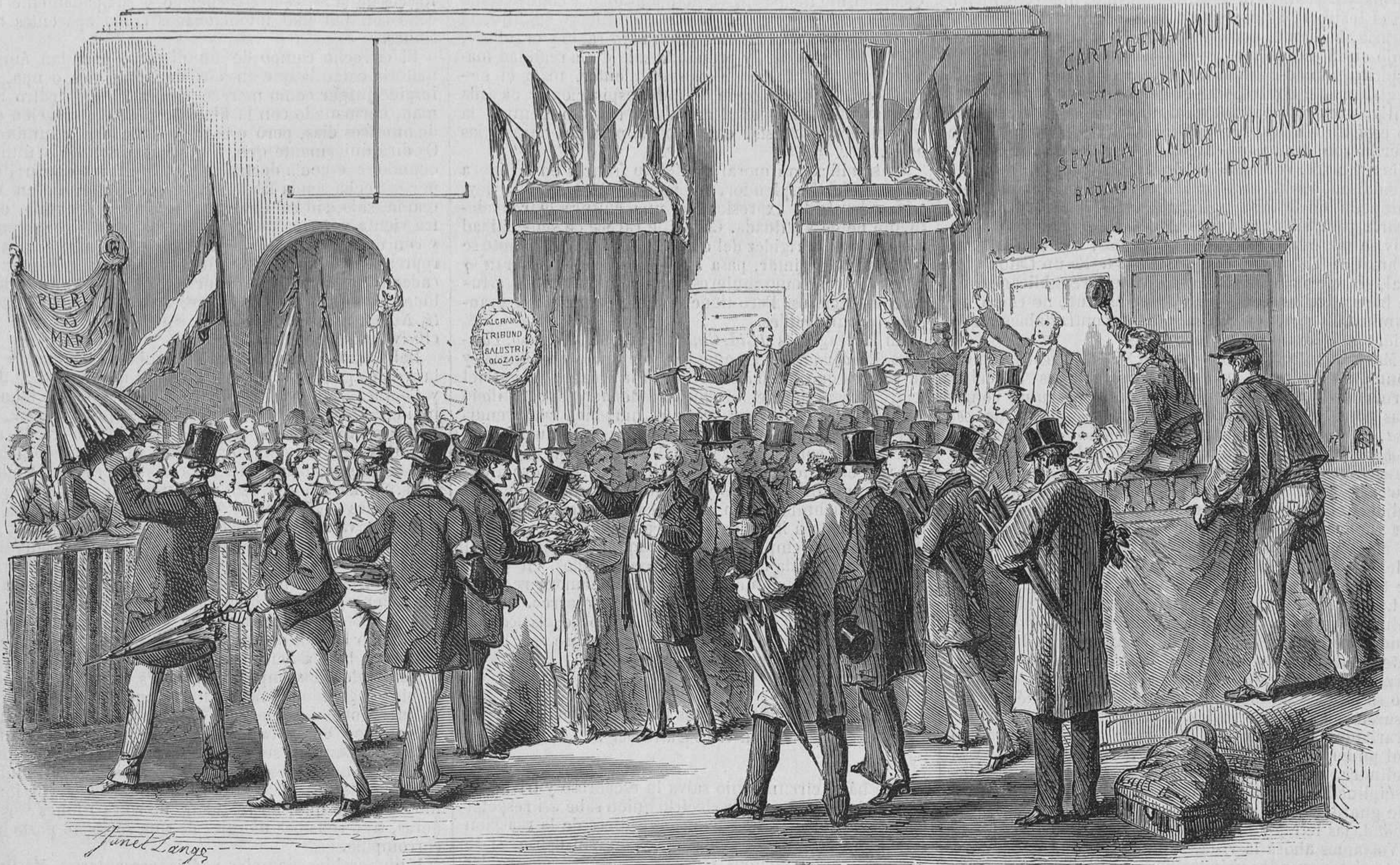
(Se continuará.)

Sucesos de España.

Entrada de Olózaga en Madrid. — Reseña biográfica de don Salustiano Olózaga. — La quema del Concordato. — Episodio de la entrada del general Prim

El día 18 de octubre ha entrado en Madrid, de vuelta de la emigración, don Salustiano Olózaga, y su entrada ha sido tan solemne como la de los generales Prim y Serrano.

A las doce, á pesar de la copiosa lluvia que caía y del malísimo estado del piso, una numerosa concurrencia se dirigía hácia la estación del Mediodía, vistosamente adornada con banderas y gallardetes, así como las fachadas del Hospital general, que tambien estaban col-

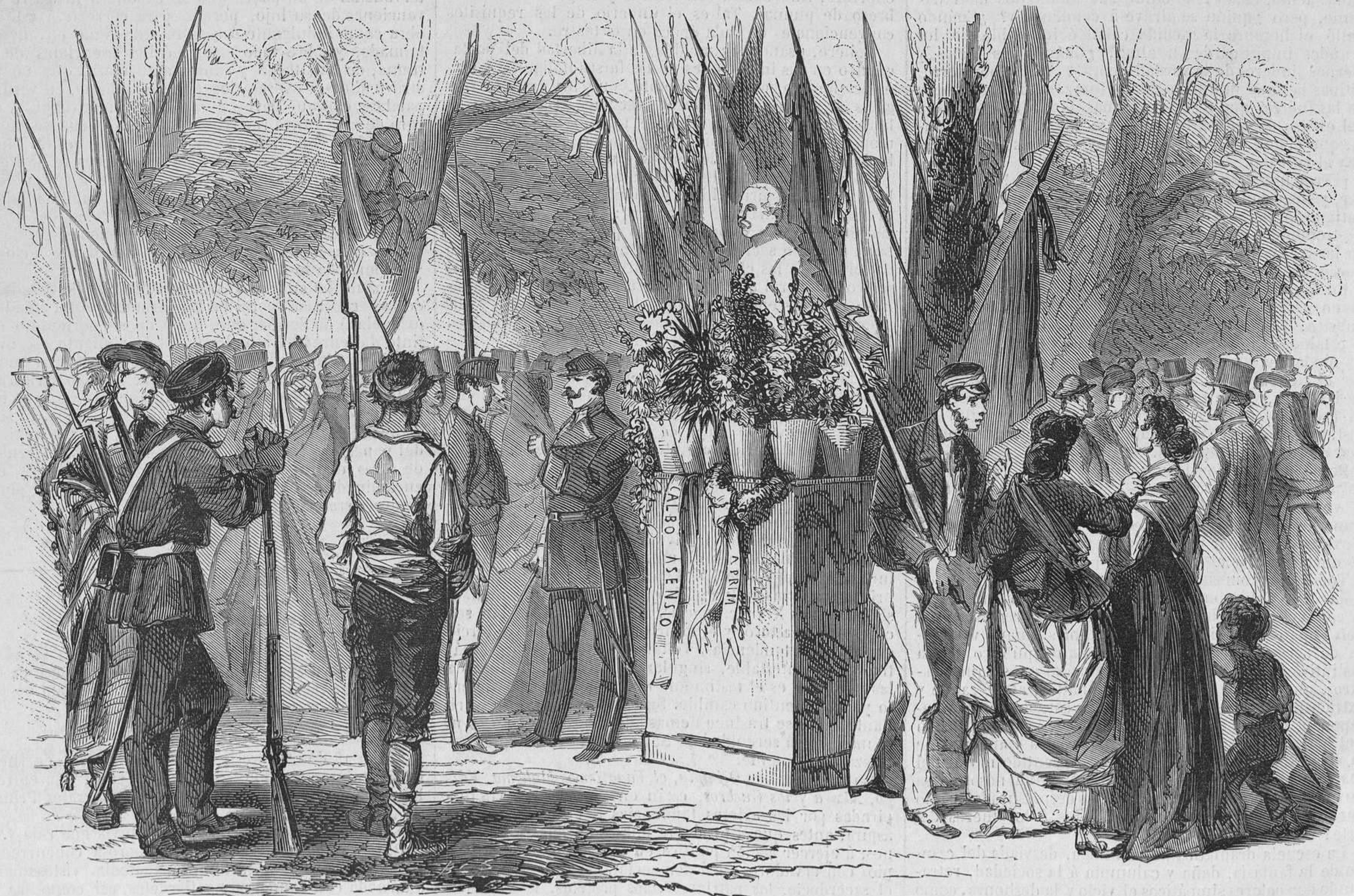


Sucesos de España. — Llegada del señor Olózaga á Madrid.

gadas con bastante gusto, viéndose en todos sus balcones unos tarjetones en que se leían las mas patrióticas inscripciones.

En el andén esperaban al ilustre viajero el general Prim, que vestía de paisano, los señores Sagasta, Rive-ro, varias comisiones, entre ellas la de la Tertulia pro-

gresista y la del Fomento de las artes, la de las juntas revolucionarias de los distritos y otras muchas personas distinguidas del gran partido liberal, que nos sería di-



Sucesos de España. — Madrid. — Escena popular en el Prado.

ficil enumerar. A la una y cuarto llegó la máquina ricamente empavesada arrastrando el tren en que venia el señor Olózaga acompañado de una comision de la Junta revolucionaria de Guadalajara y de varios señores de la Tertulia progresista que salieron anoche á esperarle.

La multitud le saludó con nutridísimos plácemes y vivas al compás de los himnos mas patrióticos tocados por la banda de ingenieros y otras. Poco despues era abrazado por sus admiradores, que estaban esperándole con la impaciencia mas grande.

En una parte del salon de despacho de billetes que se habia alfombrado, habia un velador y en él varias coronas, de especial gusto y riqueza, que la Tertulia progresista, la redaccion del *Universal* y otras corporaciones dedicaban al firme y consecuente liberal señor Olózaga. Cuando pasaba este por cerca del precioso presente, el señor Asquerino le hizo el ofrecimiento en compañía de los señores de la referida Tertulia; llegando á tal extremo su entusiasmo, que colocaron sobre el pecho del distinguido patricio una de aquellas coronas.

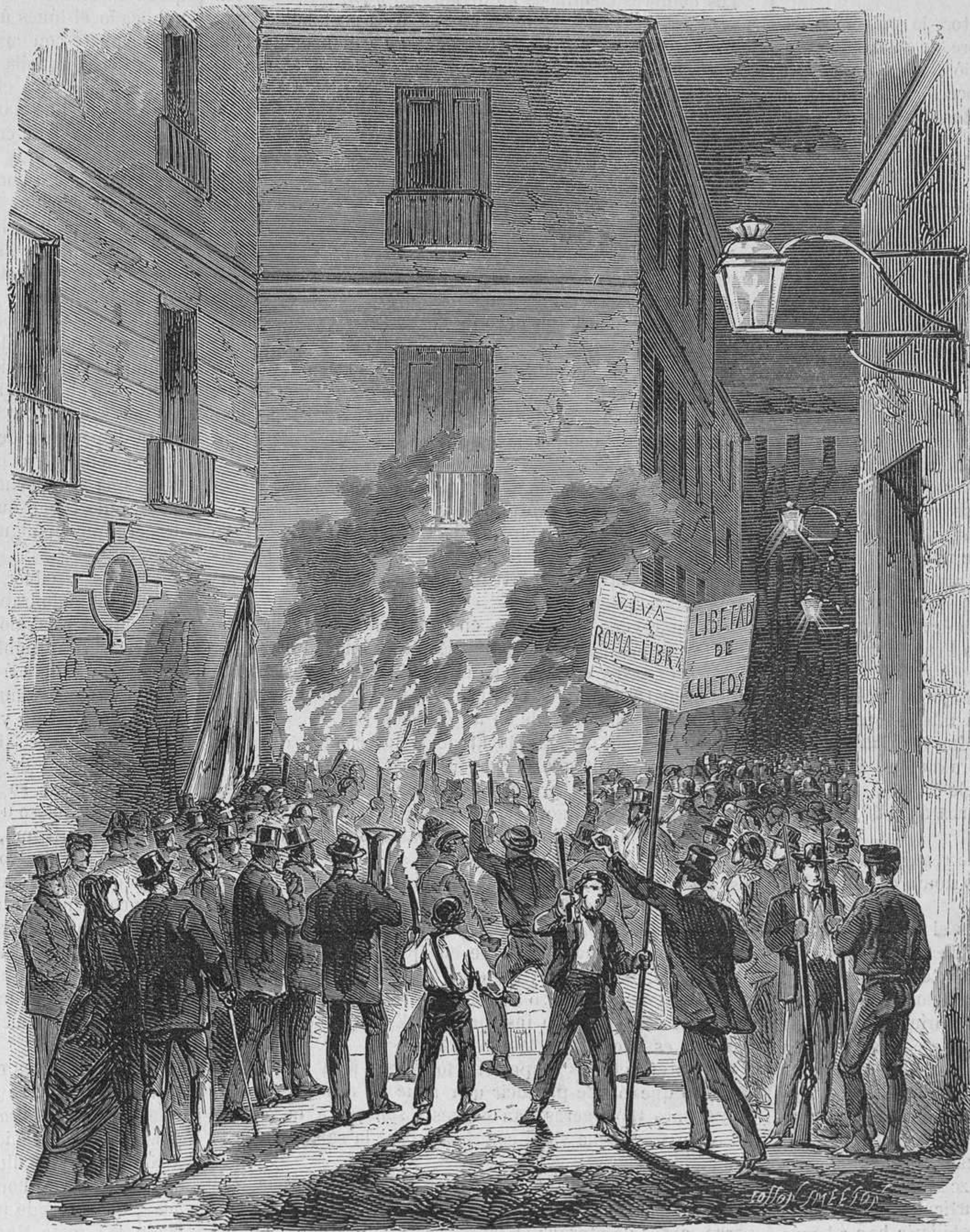
Inmediatamente el viajero y la comision subieron á los coches que les estaban preparados y emprendieron la marcha hácia el Congreso de diputados, seguidos de las comisiones, con sus lindas banderas, pendones y coronas, y las bandas de música tocando los himnos de Riego y Garibaldi, en medio de las mas atronadoras aclamaciones. Tambien formaban parte de tan alegre y entusiasta cortejo la comision de estudiantes y un piquete de los voluntarios de la libertad que habian dado la guardia en la estacion de Atocha.

Al llegar al Congreso el señor Olózaga con la numerosa comitiva que le acompañaba desde la estacion de Atocha, esperaban en el vestíbulo todos los oficiales y jefes de los batallones de los voluntarios de la libertad de aquel distrito y comisiones de varias juntas. El señor don Eduardo Asquerino entregó al señor Olózaga una magnífica corona de laurel y flores, con cintas en que se leia esta inscripcion: «La redaccion del *Universal* al primer anti-dinástico español.» Colocado el señor Olózaga debajo del pórtico, dirigió al pueblo, que le victoreaba entusiasmado, un discurso, cuyas frases, sobre poco mas ó menos, son las siguientes:

«Saludo al pueblo de Madrid y quisiera desde aquí saludar igualmente á todo el pueblo español. No sabeis cuán dichoso me encuentro entre este pueblo porque ha logrado sacudir la lepra borbónica que le corroia. Salud á la majestad del pueblo; pero oidme bien, no olvideis que las majestades son tarde ó temprano responsables, digan lo que quieran las Constituciones de los pueblos. La majestad que aquí habia, huyó para siempre, pero queda ahora otra majestad representada por el gobierno provisional. El pueblo español perderia esa majestad si no se asociase con toda el alma al gobierno en quien debe depositar toda su confianza. El pueblo anti-dinástico de hoy abraza este sentimiento desde hace veinte y cinco años, porque el trono entonces formuló una acusacion indigna contra un hombre honrado, y el pueblo madrileño no dió crédito al trono y pocos dias despues eligió su diputado



Don Salustiano Olózaga.



Sucesos de España. — El pueblo quemando el concordato delante de la residencia del nuncio apostólico.

á aquel hombre. No creais que mi odio date desde aquella fecha ni sea hijo del rencor. Mi odio data de toda mi vida; desde que al leer la historia encontré que este noble pueblo habia sido cedido como un legado á la córte de Francia, por un rey tan imbécil como Carlos II, desde entonces soy anti-dinástico; así es que parece que ya nació anti-borbónico.

Despues de lo dicho, réstame recomendaros con la mayor efusion, que procureis conservar la union mas íntima con todos los hombres que han contribuido á este glorioso alzamiento. Amemos, consideremos á los ilustres marinos que dieron el grito en Cádiz y á los generales desterrados á Canarias, que han traído á la patria dias tan venturosos. Si me quereis como manifestais, quered tambien al gobierno provisional, para que podamos sostener la grande obra con tanta gloria y con tanto orden realizada, que es la admiracion del mundo entero, y para que en este santuario de las leyes podamos consumir con el mismo orden la grande obra de la revolucion, siendo entonces como hasta ahora admiracion y ejemplo de todos los pueblos libres.

Yo creí que con la caída de la dinastía podria retirarme para siempre á la vida privada, pero falta aun algo, y hasta que se consiga tengo que renunciar á mis deseos.»

Gritos atronadores respondieron á sus palabras.

En seguida se dirigió la comitiva por la Carrera de San Jerónimo, hasta el local del ministerio de la Gobernacion, á cuyo balcon principal se asomó despues el eminente hombre público, dirigiendo al pueblo que allí se arremolinaba, un nuevo discurso mas brillante, mas entusiasta y con esa elocuencia arrebatadora que amigos y adversarios le reconocen, encareció nuevamente el orden y la union entre todos los buenos liberales.

Al mismo tiempo que publicamos entre nuestros dibujos la escena principal de la entrada en Madrid del señor Olózaga, damos tambien el retrato de este hombre eminente, que acompañaremos con algunos breves apuntes biográficos.

Hombre de hermosa presencia, de carácter enérgico y resuelto, de palabra elegante y fácil y de una grande habilidad parlamentaria, don Salustiano Olózaga puede pasar por uno de los tipos del orador y del hombre político meridional. Los que están familiarizados con la historia de la España moderna le conceden un puesto entre Mendizabal, á quien Madrid ha erigido una estatua, y á Argüelles á quien llamaron *divino* las Cortes de Cádiz. Con efecto, posee la pureza de lenguaje de este último y á veces la virilidad del primero con las mismas reticencias en el dominio de la idea pura. En Francia se le llamaria Casimiro Périer, y en Inglaterra Canning.

Don Salustiano Olózaga nació en 1802 en Logroño, patria de don Baldomero Espartero, y desde la muerte de Fernando VII (1833) se halla sobre la brecha. Hay quien pretende que antes de entrar en la vida política estuvo afiliado en algunas conspiraciones oscuras. Sea como quiera, desde su entrada en las Cortes ha sido preciso contar con él. Sus conocimientos especiales en legislacion política le hacen

figurar en cuanto se halla en juego una cuestion constitucional.

De este modo ha tenido el honor de dar dos constituciones á su pais, la primera que fué la ley del Estado durante la minoría de Isabel II, y la otra que marcó el triunfo de los progresistas despues del pronunciamiento de Vicálvaro (1834). Por sus estudios don Salustiano Olózaga pertenece á las sectas parlamentarias que en Cádiz trataron de imitar á la Constituyente francesa de 89. Sus numerosos destierros pasados en Francia y en Inglaterra, no han hecho más que confirmarle en sus ideas, y por eso nunca le ha sido fácil entenderse con los hombres de espada. Alternativamente ha tenido amistad y enemistad con Espartero, O'Donnell y otros.

Sin embargo, don Salustiano Olózaga es hombre de accion y hace ya años que habia declarado un odio mortal á los Borbones. Sobre este punto nada diremos, cuando á estas líneas precede el discurso que acaba de pronunciar en Madrid, donde refiere el cómo y por qué ha sido anti-dinástico.

Hablemos de las escenas que representan los dos dibujos restantes.

El primero tiene un carácter eminentemente político: estamos en una plaza de Madrid, en el momento en que una banda popular se detiene delante de la residencia del nuncio apostólico, para quemar el Concordato. Una porción de músicos tocan el himno de Riego en medio de las vociferaciones de la muchedumbre.

El último dibujo es un episodio de la llegada del general Prim á Madrid. A la entrada del Prado se elevaba sobre un pedestal adornado de flores y follaje el busto del célebre patriota, ya difunto, señor Calvo Asensio. El señor Carrion y Anguiano, director del hospital general y jefe de un tercio de voluntarios era el autor de este monumento improvisado, en cuyo derredor habia formado su tropa en guardia de honor. En todo el camino que debia recorrer el general Prim, se veian trofeos de este género colocados sin órden y únicamente al capricho de aquellos que los levantaban para celebrar la entrada del marqués de los Castillejos. P. P.

Revista de Paris.

El domingo último, día de Todos Santos, la poblacion de Paris se entregó á la piadosa costumbre de visitar los cementerios. Un tiempo magnifico favoreció esta visita á esos lugares del eterno reposo. Desde las doce del día las calles inmediatas á los distintos campos santos de la capital se hallaban casi intransitables. Sobre todo en la direccion del P. Lachaise, la afluencia era inmensa. Y toda esa muchedumbre que, bañada por los rayos de un brillante sol se encaminaba animada y bulliciosa al cementerio, al atravesar las puertas se mostraba como por encanto recogida y silenciosa. Cada cual llevaba una corona, una flor, ó un adorno fúnebre para depositarle sobre una tumba lujosa ó humilde, y al cumplir con este deber todos recordaban que estaban allí en el lugar de la tristeza, en el lugar donde se echa de ver á lo que se reducen las vanidades de los hombres.

Mientras la gran masa de la poblacion de Paris aprovechaba tan religiosamente la tarde del domingo, el paseo del bosque de Boulogne estaba concurrido ya como en los meses de invierno. Con efecto, la hora de la vuelta ha sonado ya. Las enrojecidas hojas de los árboles ruedan por el campo arrastradas por el viento; el frio se deja sentir y las noches en el aislamiento son muy tristes. Seis meses de vida campestre bastan para apreciar de nuevo los placeres de la capital, ansiosa de recibir cuanto antes á los desertores para dar principio á sus fiestas. Los diarios del mundo aristocrático señalan cada día la llegada de algun personaje de la nobleza. ¡Qué de nobleza en esta Francia que se tiene por democrática!

Un diputado del departamento del Bajo Rhin, el conde Hallez Claparède acaba de publicar un interesante estudio sobre los nombres propios, donde abundan los datos curiosos. Contra la opinion admitida generalmente, el conde Hallez Claparède, afirma que es del siglo XI el uso de los apellidos (perdido desde la invasion bárbara) y de los blasones.

Sin embargo, hasta el siglo XVI no se regularizó el estado civil, mediante la inscripcion de los nombres en los registros de las parroquias.

Pero lo que añañe á nuestro asunto es el total de los títulos creados en nuestro tiempo, ó sea de 1804 á 1868.

Napoleon I creó nueve príncipes, treinta y dos duques, trescientos ochenta y ocho condes y mil noventa barones.

Sigue la Restauracion con diez y siete príncipes, setenta duques, setenta marqueses, sesenta y tres condes, sesenta y dos vizcondes, doscientos quince barones y setecientas ochenta y cinco cédulas de simple nobleza.

El gobierno de julio hizo tres duques, diez y nueve condes, diez y siete vizcondes y cincuenta y nueve barones.

Por último, Napoleon III ha aumentado el catálogo con doce duques, diez y nueve condes y vizcondes, veinte y un barones y trescientas sesenta y ocho particulas autorizadas.

Segun el autor de esta estadística nobiliaria hay además cierto número de títulos y de autorizaciones para usar particula que no se han hecho públicos. El conjunto de los nom-

bres calificados ó modificados por atributos de nobleza puede calcularse en quinientos; de modo que, en los últimos sesenta años, los mencionados gobiernos han hecho mas de tres mil nobles.

Luego hay que añadir las usurpaciones que motivaron la ley de 1858 para cortar el abuso; y sin embargo, resulta que los diccionarios genealógicos que se publican hoy ya con pruebas en apoyo, ya con el beneficio de la prescripción, traen una nobleza que forma el respetable total de cincuenta mil familias. El conde Hallez Claparède concluye diciendo que de estas cincuenta mil familias apenas pueden sacarse dos mil, cuyo origen sea anterior á la época de Luis XIV.

¡Cincuenta mil familias nobles! ¡Qué poderosa falange para la crónica!

Hace algun tiempo hablamos en estas revistas de un proyecto que de cuando en cuando sale á relucir en la prensa y cuya realizacion daria una maravilla mas al mundo del siglo XIX. Nos referimos al tunel submarino entre Francia é Inglaterra, un túnel de camino de hierro. La idea no se ha echado en olvido, y esta semana el emperador Napoleon ha recibido la siguiente exposicion firmada por unas cien personas influyentes del parlamento, de la aristocracia y del comercio de Inglaterra, entre las cuales figuran el arzobispo de York, el duque de Argyll el duque de Sutherland, lord Elcho y lord Alfredo Spencer Churchill:

« Señor :

Los infrascritos, súbditos de S. M. la reina de Inglaterra, han tenido noticia de que un comité de franceses y de ingleses se propone pedir el apoyo de V. M. para la construccion de un túnel submarino destinado á enlazar los ferrocarriles de Inglaterra con los de Francia, obra eminentemente necesaria para facilitar las relaciones sociales que tan rápidamente se han acrecentado durante estos últimos años entre los habitantes de ambas naciones y para desenvolver su industria y su comercio.

La realizacion de esta noble empresa, estrechando los lazos que unen á dos grandes pueblos, será de una inmensa ventaja para los dos paises y ofrecerá un ejemplo notable de concordia á las demás naciones. Formamos los votos mas fervientes para el rápido éxito de esa obra fecunda, y esperamos que V. M. se dignará extender sobre ella su augusta proteccion.»

Creemos que el apoyo no faltará, y no hay para qué añadir que cuanto antes deseamos ver la prueba.

Los hombres científicos no dudan del buen éxito de tan magna empresa, y se fundan en la escasa profundidad que presenta el canal de la Mancha en su parte mas angosta. Con efecto, esta profundidad, que es inferior á 56 metros en toda la extension del Paso de Calais, no llega jamás á 70 metros en el espacio comprendido entre Francia é Inglaterra. Además hay dos islotes que se elevan casi á flor de agua en medio del estrecho, el primero situado á 16 metros del cabo Gris Nez (al Norte de Boulogne) y el segundo á 11 kilómetros de Folkestone, y la distancia que les separa es apenas de 5 kilómetros.

El túnel de comunicacion entre las dos orillas se fraccionaria naturalmente en otros tres, de los cuales el mas largo tendria 16 kilómetros. Bajo este concepto, el proyecto de su instalacion pierde un poco de su carácter excepcional y se acerca á los que la ciencia puede realizar en el día, como verbigracia, el subterráneo que se está ejecutando en el Monte Cénis. Es verdad que la situacion submarina del túnel en cuestion presenta otros problemas; pero repetimos que los hombres competentes se creen en estado de resolverlos.

A propósito de ciencia vamos á señalar ahora una invencion que seguramente sorprenderá á nuestros lectores.

M. Testud de Beauregard, redactor del *Moniteur de l'Orpheon*, haciendo experimentos con el hidrógeno le ha encontrado una aplicacion artistica sobre la cual nos da las siguientes explicaciones:

« El hidrógeno que entra en combustion en un tubo abierto por los dos extremos, posee la propiedad de hacer vibrar este aire y de producir un sonido que corresponde á la velocidad de estas vibraciones segun el largo y el ancho de los tubos como sucede en los órganos.

» Habiéndome llamado la atencion los efectos de estos sonidos y sintiendo que el arte no haya sacado partido de ellos, se me ocurrió probar públicamente ese efecto, y en compañía de un amigo, M. Stephane Gaurion, compusimos una opereta en la cual una niña oraba por su madre, y Dios, accediendo á sus votos, manifestaba su voluntad mediante los acordes eólicos á que nos referimos. Siento mucho no haber podido hacer que se represente esta opereta en un teatro donde los elementos escénicos hubiesen sido bastante completos para que el arte se enriqueciera con este fenómeno de la ciencia. Hay en esos sonidos efectos místicos, un sentimiento religioso de tal intensidad, que jamás se produciria con ningun instrumento. Es la plegaria de los ángeles, es el canto de los serafines.

» Seguramente es imposible formarse idea del efecto inaudito que puede producir una série de acordes de esas vibraciones tan ligeras, tan suaves y sonoras á la vez: es tal que parece que vibra con los tubos, la sala y hasta el edificio.»

¡Quién se habria figurado que el hidrógeno poseia propiedades capaces de eclipsar la música de Rossini! Sin embargo, antes de otorgar el lauro al inventor, conviene esperar á que sus experiencias se hagan públicas.

Un incidente literario y teatral que no deja de tener su

importancia está dando mucho que decir á los escritores parisienses.

Es el caso que un autor trágico de bastante renombre, M. Latour Saint-Ibars habia leído una tragedia titulada *Alejandro el Grande* al comité del Teatro Francés, y el omnipotente areópago tuvo á bien admitir la obra con la condicion de que se habian de hacer en ella ciertas correcciones.

Digamos, entre paréntesis, que esta es una fórmula de pura cortesía que emplean los cómicos de S. M. el emperador, y que significa lisa y llanamente que desaprueban, y por consiguiente no reciben la produccion sometida á su fallo.

En la ocasion presente se ha demostrado esta verdad de un modo que no admite duda.

Parece ser que despues de la votacion, M. Thierry, administrador del teatro, se declaró francamente contra el autor pronunciando en su presencia y sin miramiento alguno una decision definitiva sobre la tragedia que acaba de leerse.

Hé aquí sus palabras, dirigidas á M. Latour de Saint-Ibars á quemaropa:

— Si hace Vd. las correcciones y vuelve Vd. con su obra, las bolas encarnadas se convertirán en bolas negras.

El autor de *Alejandro el Grande* ha escrito al *Figaro* una larga carta en que refiere con minuciosos pormenores lo que acabamos de extractar en breves palabras, y añade que el señor administrador de la Comedia Francesa no estaba en su derecho para prejuzgar así la decision que habria podido tomar el comité despues de oida la segunda lectura, y que además ha olvidado las justas consideraciones que se deben á un autor aplaudido en ese mismo teatro repetidas veces.

Por último, M. Latour Saint-Ibars critica fundadamente el espíritu que reina al parecer en el primero de los teatros franceses subvencionados, y en cuya virtud sacrifica á las comedias ligeras las obras de meditacion y de empeño.

En este terreno la cuestion ha encontrado en la prensa sostenedores y adversarios. M. Sarcey, uno de los críticos que comparten con Jules Janin, Teófilo Gautier y Paul de Saint-Victor la calidad de juez competente en la materia, defiende al comité del Teatro Francés que, á su parecer, reúne todas las condiciones necesarias para fallar con pleno conocimiento de causa en la recepcion ó desaprobacion de las piezas que se someten á sus decisiones; pero este señor habia contado sin la huésped, que es en esta ocasion M. Carlos Edmond, autor de varias obras dramáticas, quien en una carta que le ha dirigido, y que M. Sarcey ha publicado el lunes último en el lugar ordinario de su folletín, combate con argumentos que, en nuestra opinion son irrefutables, aquella idea.

¿De dónde saca el actor la instruccion y la inteligencia que se necesitan para juzgar una obra literaria? A todo el mundo le es dado criticar una obra de arte, pero criticarla con acierto, es muy diferente. Solo se juzga bien por comparacion, y para comparar hay que saber. El actor no necesita esta ciencia.

A esto se reduce la argumentacion de M. Carlos Edmond, quien describe de este modo la condicion de los cómicos:

« El arte del cómico depende poquísimo de la instruccion adquirida. El actor tiene talento ó no, y en este último caso nunca se le podrán dar los estudios mas profundos. A mayor abundamiento: ¿para qué ha de aprender? Lo que le importa es ejercitar la voz y las maneras. Por ningun estilo está obligado á conocer ni elementalmente ningun ramo del saber. Con tal de que sepa leer su papel, puede hasta dispensarse de conocer la ortografía, incluso la de su propio nombre. «Contadme la historia de Juana de Arco decia una vez Rachel, en mi presencia, á un joven académico, pues tengo que representar el papel de la heroína, y desearia poseer algunas noticias sobre lo que fué y lo que hizo.»

» Rachel recibió los datos que deseaba, comprendió en un instante admirablemente, y desempeñó el papel en cuestion con el prodigioso talento de que la habia dotado la naturaleza. Al público nada le importaba, y no sabemos que jamás pidiera á la Rachel el diploma de institutriz, como no pidió á Talma el de licenciado. Un escultor no necesita ser químico, y un cómico puede ser enteramente extraño á las letras. El argumento de Molière y de Shakespeare está aquí de sobra. Aun cuando entramos hubiesen sido bailarines, su ejemplo no habria hecho que ningun bailarín escribiese un *Hamlet* ó un *Tartufe*.»

Cierto, ciertísimo, y la atribucion de que se halla dotado el comité del Teatro Francés, compuesto exclusivamente de los actores de la compañía, es una fatalidad para las letras. Así sucede que piezas reprobadas por este comité y representadas en otro teatro, alcanzan un gran éxito, y sucede tambien que el mismo Teatro Francés las adopta posteriormente despues de haberlas rechazado. ¿No seria tiempo de obviar semejante inconveniente, principiando siquiera por introducir el elemento verdaderamente literario en medio de estos jueces?

Entre las piezas estrenadas últimamente en los diversos teatros de Paris, se acaba de dar una en el Vaudeville, titulada: ¿A dónde vamos? y escrita por madama Carlota Dupuis, que ha obtenido un éxito muy lisonjero.

Nada mas sencillo que su argumento.

M. Devrin, un hombre casado, de treinta y cinco años de edad, ha cometido la doble falta de seducir á una joven llamada Antonieta Morey, y de continuar sus relaciones con ella, despues de su matrimonio, durante un largo espacio de tiempo.

En esto su esposa muere, y Antonieta se juzga con derecho para casarse con su seductor y amante, pero Devrin, que tiene hijos, se niega. Uno de estos hijos se enamora de Antonieta, á quien ve por acaso, y que se indigna con la conducta de su seductor, en tanto que un hermano de Antonieta jura vengar á su hermana robando á la hija de Devrin. Pero Karl Morey, que así se llama este último personaje, se queda prendado de los hechizos de la hija del seductor, y ante esta situación en que les coloca el destino, todos concluyen por humillarse: Devrin cumple con su deber casándose con la mujer que ha seducido, en tanto que da la mano de su hija á Karl Morey.

La moralidad de esta comedia, en la que hay escenas de sentimiento tratadas con una delicadeza suma, decidió su éxito, al que contribuye la actriz madama Doche, que desempeña con su talento consumado el papel de Antonieta Morey. Sin haber alcanzado un triunfo ruidoso, creemos que la nueva comedia no dejará de dar un buen número de representaciones.

MARIANO URRABIETA.

Al corazón.

SONETO.

Sí, pobre corazón, sí, ya has caído
De aquella altura en que solías verte,
Y avara deshojó contraria suerte
La flor mejor de tu jardín querido.

En esta triste soledad perdido,
Sin porvenir que tu vigor despierte,
¿Qué importa, corazón, ser por la muerte
En tu lozana juventud herido?

El instante supremo desafía;
Pero con calma que te llegues quiero
Al borde oscuro de la tumba fría;

Pensando al afrontar el trance fiero
Que de esta amarga vida el postrer día
De otra vida mejor es el primero.

J. R.

Don Francisco Sanchez Barbero,

(FLORALBO CORINTIO.)

I.

«Tenía una habilidad especial para la poesía latina: es quizá de todos nuestros poetas el que ha compuesto versos en una y otra lengua con mejor éxito.» Esto dice don Manuel J. Quintana.

«Sanchez Barbero, sin estar tan contagiado del moderno gongorismo como Cienfuegos, fué su segunda parte en cuanto á las extravagancias que uno y otro equivocaban con los raptos verdaderamente líricos.» Esto don José Gomez Hermosilla.

Juicios tan opuestos no pueden menos de llamar la atención sobre el poeta que los ocasiona. Su vida, azotada por la adversidad, merece también que se la recuerde.

Fueron sus padres unos honrados labradores de Moriñigo, pueblecillo de corto vecindario á dos leguas de Salamanca. A los nueve años entró en el seminario conciliar de esta ciudad, donde contrajo amistad íntima con otro jóven, despues eclesiástico tan digno como sabio modesto, á quien se debe la conservación de las poesías latinas y castellanas que Floralbo compuso durante los tristes ócios de Melilla. En el aislamiento del colegio se dedicó con ahínco á los estudios literarios, puestos en boga y perfeccionados por Cadalso, Melendez y tantos otros que en pos de ellos formaron y acreditaron justamente la escuela salmantina. Sanchez Barbero salió á estudiar jurisprudencia, marchando despues á Madrid, donde ejerció con aplauso la abogacía, sin olvidar nunca sus tareas favoritas. Entonces se relacionó con Moratin, á quien es probable leyese la tragedia de *Coriolano* que menciona en los «Orígenes del teatro español,» y que no sabemos haya sido impresa. La brillante composición «En la muerte de la duquesa de Alva;» el melodrama sacro *Saul*, cuyos versos rebosan de estro-lírico; los «Principios de retórica y poética,» en que á breves y claras reglas se une el ejemplo del estilo, y que han servido más á la juventud que el pomposo farrago de otros preceptistas; y las tres «Ódas al combate de Trafalgar,» corrieron por el público impresas, y levantaron la fama del vate, muy apreciado ya en el círculo de literatos que de cerca le conocían.

Por este tiempo ocurrió la invasión de los franceses. Sanchez Barbero, patriota de corazón y de indomable carácter, lejos de imitar á los que siguieron el bando del que iba venciendo, lanzó algunos versos contra los invasores y su emperador. Por esto le llevaron á la cárcel en 1809, y confinaron á Francia, conduciéndole entre bayonetas. En Pamplona permaneció veinte y cuatro días encerrado en la ciudadela; se le permitió por fin bajar al pueblo, pero llevando previamente la amenaza (que le intimó el general Dagoult) de ser fusilado si intentaba escaparse.

A pesar de ella logró evadirse, y al cabo de medio año de peligros llegó á Cádiz pocos días antes de instalarse las Cortes. En medio de todos estos conflictos, sufrió la pérdida irreparable de siete tragedias, una comedia, el poema de las cuatro edades del hombre comparadas con las cuatro estaciones del año, varias poesías líricas y algunos escritos prosáicos (1). En Cádiz no permaneció ocioso: se dedicó también á sus estudios predilectos, y redactó *el Conciso*, periódico célebre que fué luego uno de los *delitos* que le imputaron. Concluyóse por último la guerra, y Sanchez regresó á Madrid lleno de júbilo y esperanzas (pronto desmentidas), ocupándose en el desempeño de sus plazas de oficial de la biblioteca de San Isidro y en censor de teatros, y en la publicación de *el Ciudadano*. ¿A qué hemos de referir la sabida historia de los sucesos que siguieron á la vuelta del rey deseado?... Basta á nuestro propósito recordar que algunos traficantes de juramentos batieron palmas, mientras otros (la posteridad los califica de *mejores*) fueron á recibir en las cárceles el premio de su saber y sus trabajos. Entre estos se contó Sanchez Barbero. Las cárceles no bastaban para las víctimas, y también las acogieron en sus recintos el cuartel de San Nicolás, el de Guardias, los conventos de San Martín, San Juan de Dios y San Cayetano. Sangre chorreaban las hojas *del Procurador y del Atalaya*; sangre pedían también algunas voces desde la cátedra del Redentor, y por un refinamiento de odio, cuidaron de ahuyentar los consuelos de la amistad propagando la noticia de que disfrazados espías se deslizaban entre los infelices presos. Excusada es la pintura de tamañas vejaciones. ¿No las hemos visto semejantes despues de 1815?... El estudio fué allí, como en todas partes, fiel compañero de Sanchez; y mientras que la venganza y la ingratitude cuajaban la tormenta que iba á estallar sobre su cabeza, mientras tenía que comparecer ante una comisión especial de jueces enemigos, y responder á las capciosas preguntas en que le hacían cargo de su puro españolismo, y acusaban por el crimen... *del pensamiento*, él, con tranquilo ánimo, componía su aun no bien apreciada gramática latina, traducía una ópera de Metastasio, y daba lecciones á un jóven. La gramática, concebida bajo un plan filosófico, con perfecto conocimiento del genio de la lengua, y despojada del monton de reglas que abruman y fastidian á los principiantes, ha tropezado con la resistencia de los talentos rutinarios. Hé aquí lo que acerca de ella escribió su autor en el diálogo titulado *los Gramáticos*:

En los horrores de la negra cárcel
De crímenes abismo,
Cuando con el temor, con el quebranto
El varonil espíritu zozobra,
En aquella guarida del espanto,
Y solo al pro de la niñez atento,
Esta tan útil obra
Pudo sereno trabajar.....
..... La matritense
Sociedad económica la aprueba.
A su consocio mísero aplaudiendo
A la suprema autoridad la lleva,
Que la enseñe á los jóvenes pidiendo;
Pero la negra suerte
Su afán tan lejos de premiar estuvo,
Que sin darle lugar á que cerrara
Su pobre maletilla,
Moviendo un huracán con soplo fuerte,
Arrojóle al presidio de Melilla.

«Mi gramatiquilla, decía en 1807 á un amigo, se está en el ministerio de Estado, y tal vez *in aeternum clauduntur lumina noctem*. La considero ahogada y reventada por los innumerables legajos que habrán caído sobre su alma. ¡Pobrecilla! engendrada en la cárcel sigue la suerte de su padre.» En efecto, no salió á luz hasta 1829 (y eso por los cuidados de un particular), llevando al frente dos epístolas latinas, y el favorable dictámen de la Sociedad económica.

Llegó por último la terminación de la causa, y usando el rey de piedad, condenó á nuestro poeta á diez años de presidio con retención en Melilla. Sus papeles fueron quemados públicamente por mano del verdugo en la plazuela de la Cebada al pié de la horca. Al amanecer el 18 de diciembre de 1815 salieron de la cárcel,

(1) Sed Gallus prædator adest: me carcere torquet
Et procul a patria mæstus et exul eo.
Carmina rapta tulit: subito periit labores
Queis multa incubuit nox vigilatque dies.

(Ep. ad D. M. M.)

y fondearon al cabo juntos en Melilla, Argüelles y Alvarez Guerra, destinados á Ceuta; García Herreros y Zorraquin á Alhucemas; Martínez de la Rosa al peñón de la Gomera, y Calatrava, Ramajo y Sanchez Barbero quedaron en Melilla.

Entonces empezó una nueva serie de sufrimientos, que terminaron la vida del ilustre deportado, sin haber conseguido que un solo momento flaquease su constancia. Nadie puede describirlos mejor que él mismo. «Esta situación, decía, es mucho más lamentable que la del escita Jeremías, porque al cabo comía carne y *frusta meri*. Aquí este género es contrabando... Comemos muy mal: he gastado cuanto los amigos me han dado, y no alcanza. He tenido que dejar el vino: ya no me desayuno; y dentro de poco, si continúa tan fea la situación, trataré de averiguar si puede el hombre *camaleonizarse*. Este mal ha engendrado otro no menos atroz, á saber, la desnudez. Así es que ando á sombra de noche como el ladrón. Y no se crea que pondero; antes bien á ley de presidiario protesto que me quedo muy zaguero.» Esta es la descripción prosáica y positiva de sus padecimientos: la poética se lee en los hermosos versos latinos de la epístola á su íntimo amigo don P. P., de cuya belleza apenas puede formarse juicio por la siguiente descolorida traducción: «... No es fácil señalar un instante de placer en todo el día: faltan los mantenimientos del cuerpo y la razón no encuentra ejercicio... Las disparadas balas nos silban al rededor, amenazando nuestras cabezas con la muerte que en sí traen envuelta. Habita en ella gente española de la más criminal, y más bárbara que los mismos moros. Afabilidad cariñosa, aquí no hay que buscarla: es terreno desamorado... No asoma á él Venus sino con semblante horrible, dura y despeluznada, con las greñas ensortijadas... etc.»

Pensando en su infortunio, y lamentando acaso más el de la España, compuso en los tres largos años de destierro, sin libros y sin consejeros (1) muchas poesías latinas, y no pocas castellanas. Pasan de ciento sesenta las que hemos visto de las primeras, escritas en diferentes géneros de metros. Exceptuando algunos epigramas en que de una manera chistosa, y picante á veces, ridiculiza con preferencia las reglas y estilos pedantescos, de los que llamaba *Gramáticos*, las demás composiciones versan sobre asuntos graves y filosóficos, relacionados por lo general con su suerte. Apenas hay una en que no haga mención del presidio; pero sin entregarse á pueriles quejas, ni menos á las feas adulaciones que denigran el nombre de Ovidio. Martínez de la Rosa, Quintana, Argüelles, Alvarez Guerra y otros amigos son los personajes á quienes dirige sus odas.

A. GIL SANZ.

(Se continuará.)

Las inundaciones de 1868.

Las inundaciones, ese azote cuya aparición es en cierto modo periódico, dejarán un recuerdo terrible en el otoño de 1868. A consecuencia de los fuertes aguaceros de los últimos días de setiembre, los ríos han salido de madre en Suiza, en Italia y en Francia. Las inundaciones han sido espantosas, sobre todo en Suiza, donde los efectos de las citadas lluvias se han agravado con los de un viento caliente y continuo, que ha hecho que se derritan en pocos días enormes cantidades de hielos en las altas cumbres de los Alpes; los destrozos han sido tales, que para repararlos se necesitará el trabajo de muchas generaciones. Los torrentes más humildes, cambiados en grandes ríos, se precipitaron en cataratas por los valles: el Aar, el Rhin, el Reuss y el Linth, rompiendo sus diques invadieron los campos, llevando por todas partes la desolación y la ruina. Las cantidades de agua que bajaron de los montes á las regiones interiores fueron tan extraordinarias, que se alzó muchos piés el nivel de lagos tan extensos como los de Zurich y Constanza. En suma, el desastre es demasiado general para que podamos dar aquí otra cosa que una idea sumaria é incompleta de las conmovedoras escenas que ha producido por todas partes. La que representamos hoy tuvo lugar en el Reinthal, no lejos del ventisquero de Rheinwald. En nuestro dibujo se ve el lugar del Splügen en el momento en que le invaden las aguas que se esparcen por el valle, llevándose consigo casas, árboles arrancados y hasta enormes peñascos. Y esto no es más que un episodio del desastre que ha tenido á toda la Suiza por teatro. En todo este país se han perdido las cosechas, han quedado destruidos los puentes y las casas minadas, de modo que amenazan ruina. Las víctimas se cuentan por centenares: solo en la aldea de Loderio perecieron cincuenta personas. Las aguas al arrojarse furiosas sobre las colinas se llevaron los cementerios de muchas aldeas y los féretros flotaban aquí y acullá tropezando con los restos de las construcciones y con los troncos de los árboles.

En muchos puntos quedaron interrumpidas las comunicaciones, de cuyo modo ciertas localidades enteramente aisladas han debido sufrir durante muchos días los horrores del hambre.

Desde 1834 no había habido en Suiza un desastre tan

(1) Melillæ scripsi, doctis neque fulctus amicis
Nec libris; gratum sit tibi, lector, opus.



Las inundaciones en Suiza. — Aspecto del valle del Splügen durante la inundación.



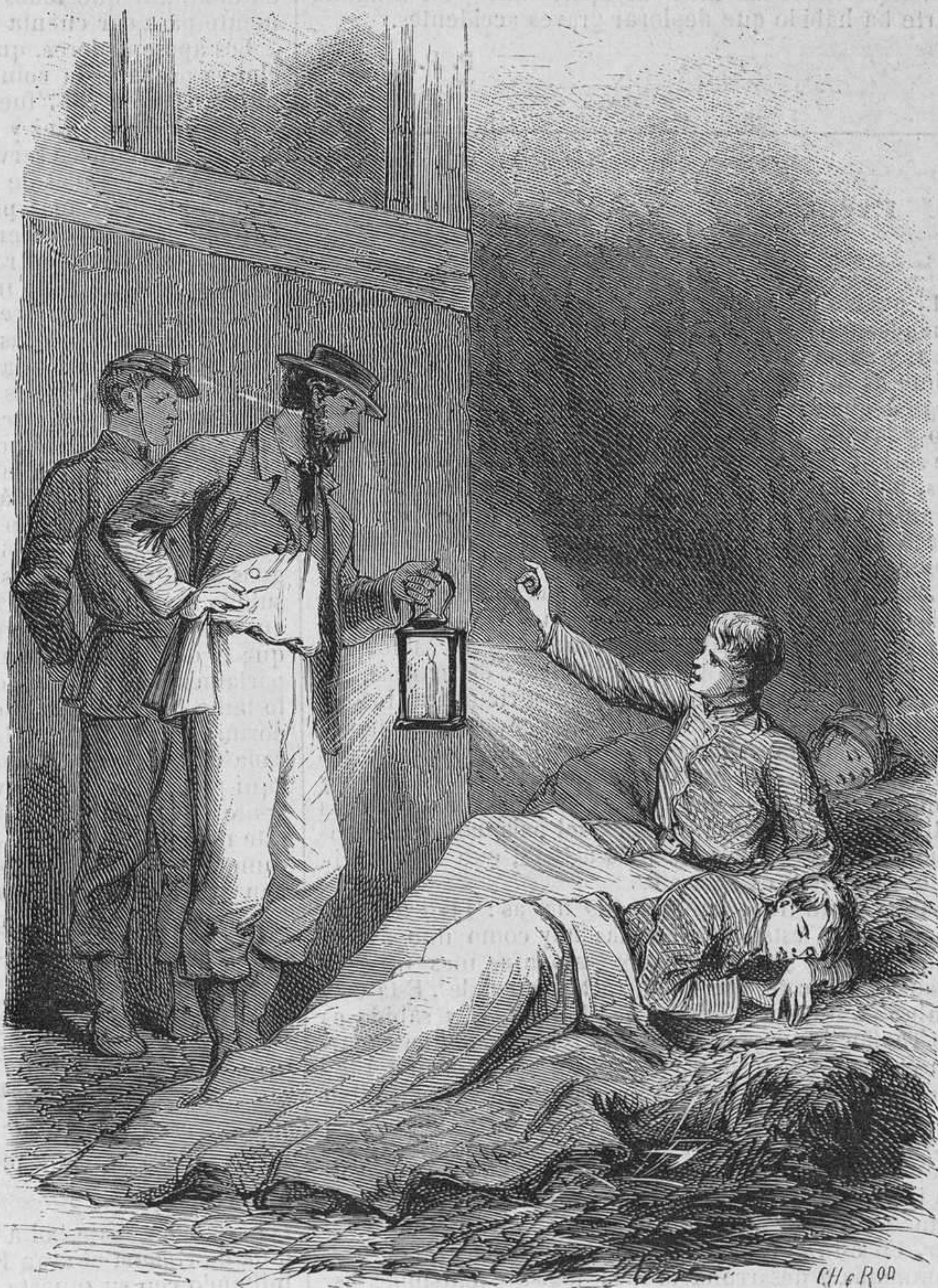
La salida.



Leccion al aire libre.



Las Escalas de la Muerte.



Ronda nocturna.

terrible. En aquel año las pérdidas se calcularon en 10.000.000 de francos; pero actualmente se piensa que los perjuicios son mayores. En una circular que el gobierno federal acaba de enviar á todos los cantones se lee este párrafo:

«No cabe duda que nos hallamos en presencia de una desgracia, como no se cuenta otra en nuestra historia desde hace muchos siglos.»

Sin embargo, hasta dentro de algun tiempo no será posible apreciar con exactitud las enormes pérdidas sufridas por los particulares, los pueblos, las compañías de ferro-carriles y el Estado.

El presidente de la confederacion ha visitado las localidades que han padecido mas, y se han abierto suscripciones para socorrer á las desdichadas familias que se hallaban sin asilo.

No menos graves han sido los daños en Italia. Todo el valle del Po ha sido invadido por el rio y sus afluentes, la mayor parte de las poblaciones ribereñas han quedado sumergidas y los habitantes han tenido que evacuarlas y que refugiarse en los montes. El nivel del lago de Como ha subido mas de tres metros y el lago Mayor ha ofrecido el mismo fenómeno. Todas las líneas de comunicacion del Piamonte y de la Italia central han sido interceptadas, y las vías férreas han sufrido graves averías. Para salvar el magnífico puente de hierro de Plasencia ha sido menester cortar la via en cuatro sitios diferentes y abrir á las aguas otros tantos pasos de una anchura de cien metros cada uno.

Finalmente, en Francia se ha temido un instante que se repitieran los desastres de 1866.

En la tarde del 18 de octubre un despacho del prefecto del Alto Loira anunciaba una crecida de 1^m 60, y dos horas despues otro parte decia que el rio continuaba creciendo y que los habitantes mas expuestos se apresuraban á dejar sus casas. Efectivamente, aquella misma noche la crecida se manifestaba con una rapidez y una violencia extraordinarias.

El nivel del rio, que marcaba á las seis de la tarde 40 centímetros en la escala del puente de Andrieux, subía á 2 metros una hora despues, á las doce de la noche estaba á 3 metros, y á las dos de la madrugada llegaba á 3^m 40; desde entonces comenzó á bajar, y á las cuatro del dia siguiente estaba á 2^m 10. — Hay pocos ejemplos de una crecida tan súbita y tan rápida. Hubo un instante en que se vió llegar de frente un metro de agua; la oleada formaba una barra que ocupaba toda la anchura del rio. Este notable fenómeno ha sido atestiguado por centenares de testigos.

El Allier, el Cher, el Lot, el Aveyron y otros rios aumentados por las lluvias, salieron tambien de madre el mismo dia. En muchos puntos se han interrumpido las comunicaciones en las carreteras y en los ferro-carriles; pero gracias al servicio semafórico organizado en el trayecto de los rios para anunciar de antemano las crecidas que pueden sobrevenir, pudieron tomarse á tiempo todas las medidas oportunas, y en ninguna parte ha habido que deplorar graves accidentes.

P. P.

Excursiones escolares en Suiza.

El pueblo suizo encerrado durante el invierno en sus ciudades, aldeas y cortijos, se despierta con la primavera, y como el insecto que espera para salir á luz los primeros rayos del sol de mayo, él tambien sale del letargo á que le han condenado durante cinco meses el frio y las nieves. Entrégase entonces á una interminable serie de fiestas: todas las sociedades, todos los oficios, todas las ideas, se dan cita en un punto designado de antemano, que se engalana con banderas y flores, y ofrece á sus huéspedes una hospitalidad que es ya famosa.

Los tiros federales y cantonales, las reuniones de oficiales y sargentos, las fiestas de gimnástica, las de música vocal é instrumental, las reuniones de sabios, de historiadores, de juristas, de médicos, de artistas, los congresos de paz, de industria y de agricultura, los coloquios religiosos y de utilidad pública, etc., vienen á dar al ciudadano suizo la ocasion de fraternizar con sus compatriotas de los demás cantones. Allí se cambian y se discuten las ideas que han modificado á menudo las instituciones políticas y sociales del pais, como la revolucion radical operada de 1830 á 1848, que tuvo nacimiento en los tiros federales.

La juventud tiene tambien sus fiestas: las excursiones escolares están reconocidas hoy como uno de los estimulantes y una de las recompensas mas útiles y agradables que se puedan dar á los colegiales. Esta costumbre es tradicional en el pueblo suizo, y sabido es que Topffer hacia cada año con sus alumnos una excursion escolar, y todas estas expediciones en torno del lago de Ginebra, á mayor ó menor distancia, se hallan consignadas en libros que han venido á ser populares.

Al principio la idea no hizo grandes progresos, pero en estos últimos años ha triunfado enteramente, gracias á la iniciativa de un hombre amante de la juventud, el doctor Guillermo de Neuchatel, autor de la *Higiene escolar*. En este libro, traducido hoy en cuatro lenguas, recomienda y desarrolla la idea de las excursiones escolares anuales, hechas por los alumnos mas adelantados, y que se les conceden á título de recompensa, en

lugar de los premios hoy suprimidos en muchos de los colegios de la Suiza.

El doctor Guillermo, secundado por algunos profesores y amigos de la juventud, organizó en 1864 la primera excursion escolar sobre las bases expuestas en su obra; realizóse esta excursion con el mejor éxito, y despues han continuado y parecen llamadas á ser un complemento normal de los estudios del colegio.

Hé aquí cómo se efectúan.

Un comité designa el itinerario y anuncia de antemano el tránsito de los alumnos por las diferentes localidades; además los jóvenes reciben las instrucciones necesarias á la higiene y á los objetos que deben llevar segun la naturaleza de los estudios que se proponen hacer caminando.

El dia de la marcha se fija ordinariamente á fines de junio ó principios de julio. Los jóvenes se presentan en el lugar de la cita con el uniforme militar, el pantalon en las polainas, la mochila á la espalda, pero sin armas.

La columna se forma con su comandante y sus jefes de secciones.

Se ponen en movimiento en buen orden, con su vanguardia, sus trompetas á la cabeza, las banderas desplegadas y su retaguardia. Todos están alegres, rebosando esperanza, todos poseen ese entusiasmo del viaje, sin el cual no hay alegría. Para ellos ese horizonte azul, lleno de dulces y vagas promesas. Para ellos las risas y los cantares. Para ellos esas jornadas de marcha al través de los prados, los bosques y las montañas.

Una vez lejos de la ciudad, se emprende la marcha, y cada alumno puede dar desde entonces rienda suelta á sus aptitudes de observador: los botanistas escudriñan las malezas, los barrancos, los valles y las rocas; los entomologistas persiguen á los escarabajos y las mariposas; los geólogos consultan las rocas á martillazos: aquí los dibujantes copian un paisaje; otros descifran las inscripciones de las iglesias, de las tumbas y de los palacios; algunos, con el termómetro en la mano, calculan la cantidad de aire caliente ó frio de las comarcas que atraviesan; otros se informan sobre el cultivo, la industria, etc. Los profesores dirigen las investigaciones y contestan á las preguntas.

Pero hé aquí que comienza el cansancio entre nuestros excursionistas, porque ya han andado mucho; las trompetas dan la señal de hacer alto, los jóvenes se reunen á la sombra de los árboles, en terrenos accidentados donde pueden tenderse y sentarse, y mientras el cuerpo descansa, la vista vaga con delicias en las profundidades del follaje lleno de murmullos de insectos y de pájaros.

Para que estos altos aprovechen á todos, los profesores toman entonces la palabra y pronuncian discursos sobre asuntos de historia natural, historia y topografía, con relacion al pais recorrido, y muchos hombres ilustres no se han desdenado de hacer tambien comunicaciones de un órden elevado, cuyo recuerdo se conserva en el album que todos los años se publica ordinariamente para dar cuenta de las excursiones escolares.

Los aposentadores, que se han adelantado, han hecho ya preparar la comida, pues nuestros viajeros son numerosos (en 1867 fueron 130 personas) y en los estómagos de doce á diez y seis años, no es el apetito lo que falta. Estas comidas servidas en las granjas, en las huertas ó en las posadas de las aldeas, constituyen siempre una de las fases mas pintorescas de la jornada; cada alumno lleva un cubierto, y habiendo reunido toda la vajilla que se encuentra, comienzan á salir las gigantes soperas, el vino mezclado con agua, en grandes jarros, la carne fiambre en loza pintada; las montañas de pan que cubren las mesas desaparecen con igual prontitud que los manjares; los cantos alternan con los toques de las trompetas; la alegría no conoce límites, y por estrepitoso y discordante que sea este tumulto, entusiasmo aun á los hombres mas juiciosos.

Luego se emprende otra vez la marcha, y los alumnos llegan lentamente á su postrer etapa de aquel dia, sobre todo cuando han salido al rayar el alba, y que, como en el viaje de 1867, han andado mas de doce leguas á pié siguiendo las acentuadas orillas del Doubs y subido las *Escalas de la Muerte*, peligroso paso que pone en comunicacion el fondo del valle con las planicies que le dominan. Llegamos á una misera aldea del departamento del Doubs, donde las camas escasean, y por lo tanto la mayor parte de los excursionistas tienen que dormir sobre la paja. Las trompetas tocan la retirada; cada cual se apodera del espacio que le corresponde, y aquí principia una nueva serie de peripecias, pues la gente siempre está de broma; pero todo tiene fin en este mundo, inclusa la alegría de los colegiales en el campo; pasan las rondas del estado mayor, y todos acaban por dormirse con el buen sueño de la juventud, hasta que se oyen las primeras notas de la diana.

A. B.

Don Rodrigo Calderon,

MARQUÉS DE SIETE IGLESIAS, CONDE DE LA OLIVA.

El poder y majestad á que habia elevado la monarquía de España el gran Felipe II fuese poco á poco debilitando con su muerte, y los sucesores de una corona tan vasta y difícil de gobernar, por lo heterogéneo de sus partes, no siendo como aquel, tan constantes y de-

cididos para el despacho de tan complicados asuntos; entregaron las riendas del Estado en manos de favoritos, para gozar de este modo en algun tanto, libres de tal peso, la amenidad y placeres á que su posicion les convidaba, los que siempre estuvieron lejanos del genio adusto de Felipe II.

Su jóven sucesor Felipe III, y lo mismo el que le siguió, Felipe IV, nos dan ejemplos de lo indicado. El primero, á poco de ser proclamado, descargó todos los cuidados de sus multiplicados reinos en don Francisco de Rojas y Sandoval, favorito suyo, desde que era príncipe de Asturias, á quien siendo ya marqués de Denia le hizo duque de Lerma, colmándole de honores y distinciones, de las que la mas principal y envidiada fué la privanza absoluta del monarca, y el estar en sus manos todo el gobierno de tan vasta monarquía.

Hacia esta época nació don Rodrigo Calderon, en la ciudad de Amberes, siendo sus padres el capitán don Francisco Calderon, y doña Maria Sandelin, señora alemana de singular hermosura. Muerta esta, hallándose viudo don Francisco, se vino á Valladolid, de donde era natural, y donde gozaba bastante hacienda, y viendo la buena disposicion del hijo, dispuso ponerle por page del vice-canciller de Aragon, y poco despues le acomodó con la misma ocupacion cerca del duque de Lerma, cuando ya estaba en su mayor privanza.

Como don Rodrigo era muy exacto y servicial, logró en tal manera grangearse la voluntad del duque, que le hizo este su pagé de bolsa y luego ayuda de cámara del rey, primer escalon de su colosal fortuna. En esta situacion casó con una señora muy principal llamada doña Inés de Vargas, señora que era de la Oliva, y continuando el duque en fomentar sus adelantos, le hizo merced del hábito de Santiago y encomienda de Ocaña y á poco tiempo le condecoró el rey con los títulos de conde de la Oliva, marqués de Siete Iglesias, y capitán por último de la guardia alemana.

No paró aquí el rápido ascenso de don Rodrigo, pues atendiendo el monarca á su capacidad y agudeza, le nombró por sucesor del conde Villalonga en la secretaria de Estado, con el manejo asimismo y distribucion de todas las mercedes, tanto de gracia como de justicia, en que se ocupaban antes muchos, cargando sobre si no solo el ser primer ministro, sino toda la confianza de su soberano.

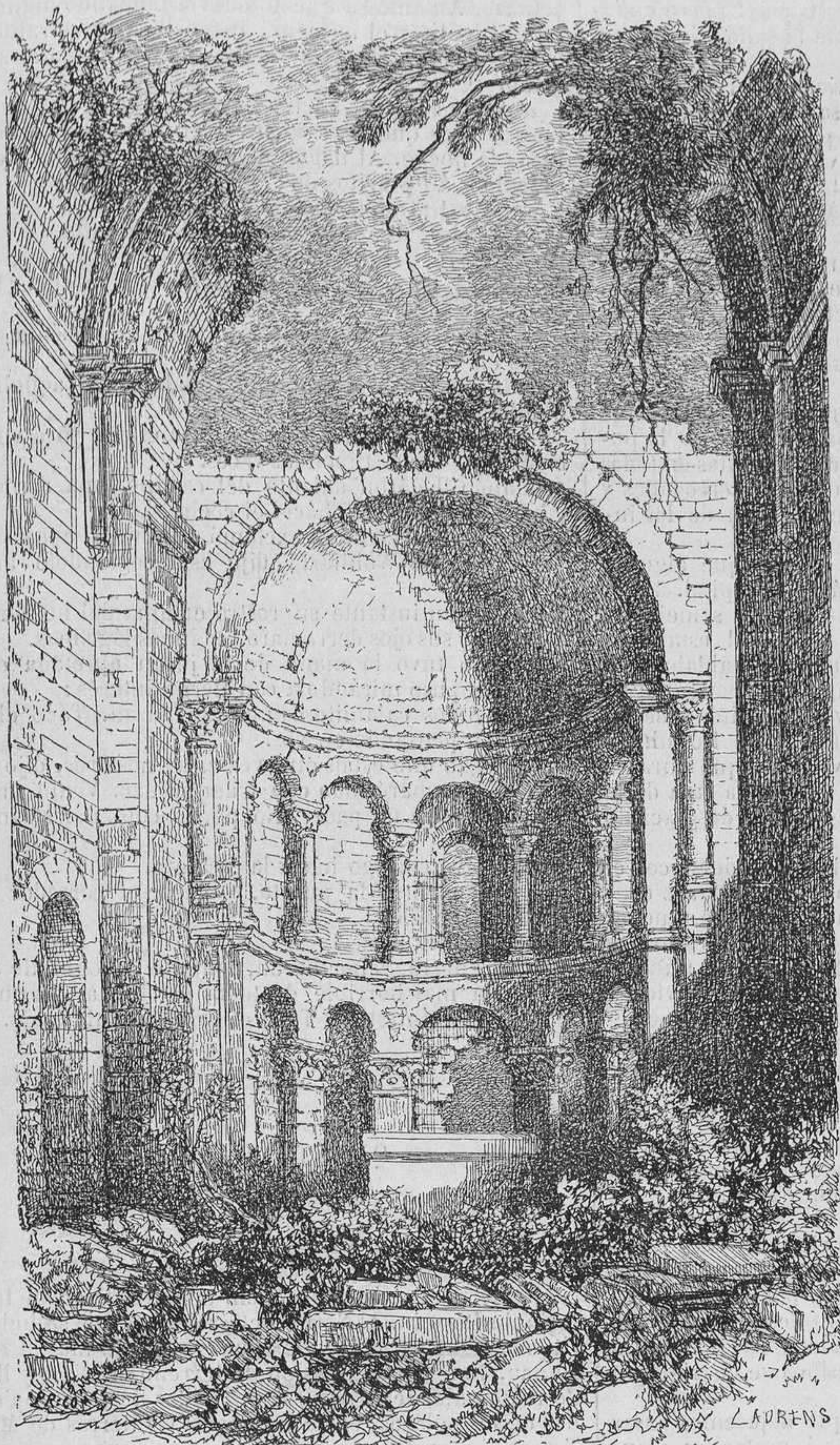
En tal grado de elevacion, y con ayuda del duque de Lerma no encontró límites la codicia y ambicion de don Rodrigo, y libre de toda responsabilidad é intervencion del soberano, divertido entonces con la amenidad del Buen Retiro, y galantes aventuras que á menudo le eran proporcionadas, dió en ensoberbecerse y dificultar la audiencia á toda clase de personas. Mirras, togas, encomiendas, gobiernos y toda clase de mercedes pasaban por su mano á las de los agraciados, despues de haber sido escandalosamente compradas, tráfico continuado que aumentó sus riquezas hasta una cantidad prodigiosa; lo que no es de extrañar, pues además de sus títulos de gradeza y encomiendas, era oidor de la Chancillería, y alguacil mayor de Valladolid, archivero y mayordomo de esa ciudad, alcaide de su cárcel y correo mayor, con otra porcion de derechos que montaban á mas de 20.000 ducados; tenia tres regimientos con voz y voto, uno en Soria y dos en Palencia; gozaba además de ciertas obviaciones, de lo que se sacaba en el mar cuando se hundian cajones de oro y plata, el derecho del palo del Brasil, que venia de Lisboa, y le valia 12.000 ducados, con otra porcion de réditos que hacian subir sus copiosas rentas á mas de 250.000 ducados.

No contento con nada de esto, y cegado por la codicia, seguia cada vez mas la corriente de sus manejos ocultos y profundas intrigas, que promovió el duque de Lerma para la prolongacion de su privanza, de las que forma un escandaloso, pero verdadero cuadro, el autor del *Gil Blas de Santillana* en su preciosa novela. Algo de esto y mas del tráfico de destinos llegó á oídos del pueblo, y aunque sorda y sigilosamente se murmuraba la conducta de ambos, formándose la tempestad sobre sus cabezas; don Rodrigo, que valido de mil espías, sabia cuanto se pasaba, se curó en salud previniéndose con una cédula real de Felipe III, en que le daba por buen ministro, y le absolvía de cuanto en su deservicio pudiera haber hecho.

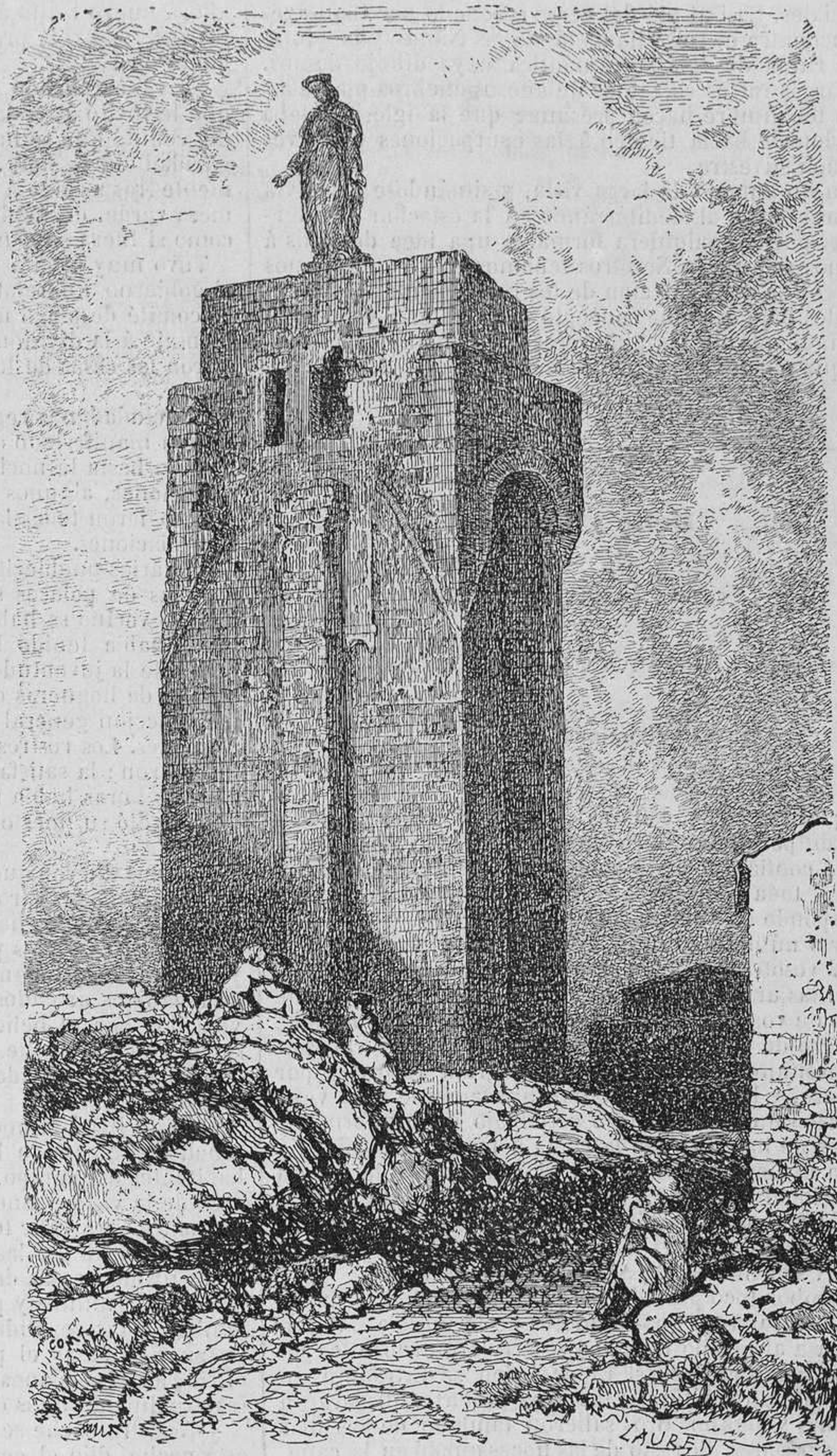
Viendo tanta altivez y soberbia su padre don Francisco, que verdaderamente le amaba, temiendo el mal fin de don Rodrigo, le dió buenos consejos y amonestaciones, que importunas para el hijo, fueron causa de que le mirase con aspereza, y hasta llegó á decirse, que afectó el no reconocerle por padre, y para alejarle le dió el hábito de San Juan y alcaidía de Consuegra; mas no queriendo este subir mas se retiró á Valladolid, presintiendo lo que no pudo menos de suceder.

Conociendo el duque de Lerma lo resbaladizo y crítico de su posicion; y notando que por momentos se escapaba de sus manos la privanza, para sustraerse de las persecuciones que necesariamente debian seguirse, se revistió de un carácter sagrado, pretendiendo de la santidad de Paulo V el capelo de cardenal, y logrado que fué, se retiró de la corte, del manejo de negocios, y comunicacion de don Rodrigo. Fué esto el año 1618, y con esta novedad el pueblo se quitó la máscara, y ya sin rebozo empezaron á murmurar del duque y su privado con diferentes sátiras ignominiosas y pasquines, de los que uno con relacion al duque decia así:

«El ladrón mas afamado
Por no morir degollado
Se vistió de colorado.»



Iglesia del valle de las Ninfas.

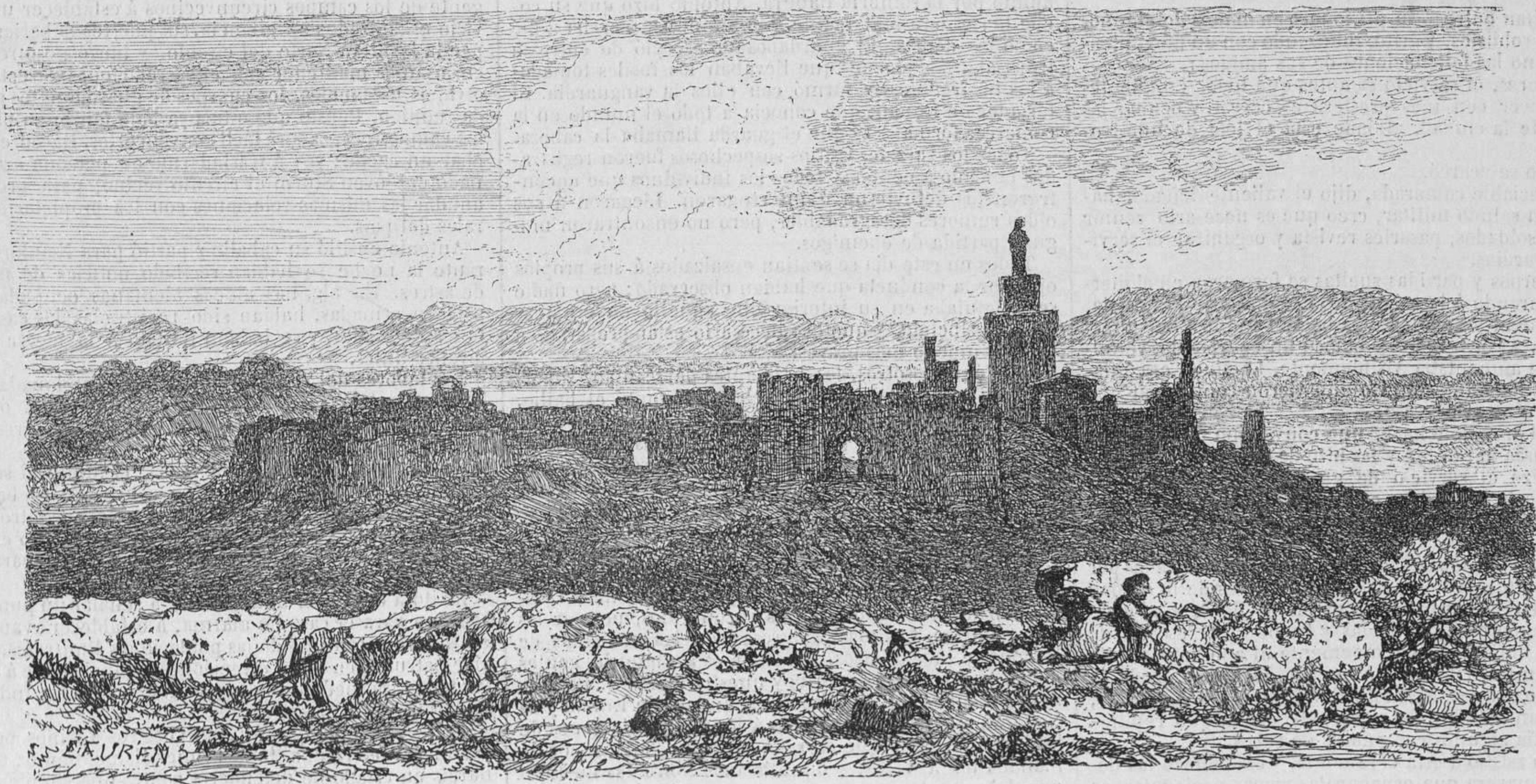


Torre de Clansayes.

trastornados, donde quedan algunas pobres casas y una hermosa torre de Clansayes que arruinaron dos terremotos en 1772 y en 1773.
 Esta torre, que se ve representada en nuestro dibujo,

es una construcción singular que ha llamado sobremedera la atención de los anticuarios y de los arqueólogos. Aun se distinguen en medio de las ruinas de la aldea las del monasterio y de la antigua iglesia de los

Templarios que tenía una dependencia en Clansayes. En un radio de 5 á 6 kilómetros Saint-Paul, Saint- Restitiet, La Garde-Adhemar, Montsegur, ofrecen un grupo de monumentos de la edad media, notabilísimos



Ruinas de Clansayes, valle del Ródano.

y bien conocidos de los historiadores y de los hombres especiales. Casi al pié del cerro coronado por Clansayes se encuentra el valle llamado de las Ninfas y la pintoresca ruina de iglesia romántica cuyo dibujo damos. Las largas raíces colgantes de añosos enebros plantados en la techumbre hacen presumir que la iglesia estaba abandonada hacia tiempo á las usurpaciones de la vegetacion silvestre.

Con un anteojo de larga vista, y situándose en la via férrea de Lyon al Mediterráneo en la estacion de Pierrelate, puede cualquiera formarse una idea del pais á que nos referimos. Nosotros tenemos que contentarnos aquí con la reproduccion de los monumentos tan interesantes bajo el doble concepto de la historia y del arte, prescindiendo de las pintorescas bellezas de la naturaleza que por todas partes les rodea. J. B. L.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

— ¡Buenos días, señores! gritó el leñador radiante de gozo, porque entonces se sentia poseido de una ilimitada confianza. Ya lo veis, añadió, dirigiéndose á los polacos, toda resistencia es inútil, arrojad las hoces, ó no respondo de vuestras cabezas.

Cierro número de hoces rodaron por el suelo.

— Y vosotros, señores cazadores, continuó el capitán, rendid las armas y podreis retiraros libremente, porque si uno de vosotros se mueve ó hace ademán de resistir, la sangre de este hombre caera sobre vuestras cabezas.

Al pronunciar estas palabras, cogió á Tarowski por la cabeza, y haciéndole asomar nuevamente á la ventana, sacó un gran cuchillo de debajo del uniforme, y despues de haber tirado la vaina á la calle, le blandia de una manera tan espantosa al rededor de la cabeza del prisionero, que el valiente leñador tenia un aspecto verdaderamente horrible, asemejándose á un canibal.

El guardabosque gritó en seguida con entusiasmo: ¡Hurra! son nuestros. ¡Adelante, á la carrera!

El tambor tocó paso de carga, y los alemanes avanzaron á la carrera. Los cazadores de la milicia salieron de la casa al mismo tiempo y se arrojaron sobre los polacos armados de fusiles. El desorden se introdujo en las filas de estos últimos; los mas valientes dispararon sus armas y algunos tiros salieron tambien de las filas de los agresores. El resto de las hoces quedó en la calle, y los que las empuñaban se desbandaron huyendo en todas direcciones.

Poco despues, tambien los que tenian armas emprendieron la fuga, siendo perseguidos por los alemanes. Se dispararon todavia algunos tiros y dieron caza á algunos fugitivos al rededor del mercado. Unos se ocultaron en las casas, otros se salvaron saliendo por la puerta de la ciudad.

El tambor dió vuelta á la plaza batiendo generala. Por todas partes se veia entonces acudir ciudadanos armados, y los morosos de la milicia acudieron unos tras otros.

El capitán entregó su prisionero en manos de algunos hombres robustos, y gritó, rehusando con un movimiento de mano las felicitaciones de sus amigos:

— Señores, el servicio es antes que todo. Lo que debemos hacer con mas presteza es cerrar y ocupar las puertas de la ciudad. ¿Dónde está el jefe de nuestros aliados?

Antonio se acercó.

— Apreciable camarada, dijo el valiente leñador haciendo un saludo militar, creo que es necesario reunir nuestros soldados, pasarles revista y organizar el servicio de guardias.

Los cuerpos y partidas sueltas se formaron en el mercado, figurando á la cabeza los cazadores de la milicia, luego seguian los campesinos bajo el mando del guardabosque. Al otro lado se colocó un cuerpo de voluntarios que aumentaba visiblemente. La linea era dilatada y los habitantes de Rosmin vieron con placer que su número no era escaso.

El capitán mandó hacer una conversion á las fuerzas sostenedoras del orden y las hizo desfilar por pelotones. Se organizó el servicio de guardias, se ocuparon las puertas de la ciudad, y colocaron guardias de honor, de ciudadanos y aldeanos por mitad, delante de las oficinas del Estado.

Las armas nacionales, que habian sido arrastradas por el lodo, fueron lavadas, luego las mujeres de la ciudad cogieron en sus jardines las primeras flores y adornaron el escudo con guirnaldas y festones. El escudo de armas fué conducido solemnemente al aposento donde se pagaban los tributos y á la casa de postas. Toda la fuerza armada desplegó en batalla, presentó las armas, y el capitán dió algunos vivas patrióticos, que repitieron á porfia algunos centenares de voces.

Antonio asistió á esta ceremonia, y cuando vió las flores de primavera que ornaban las armas nacionales, se echaba en cara haber dudado por la mañana si veria

flores en el discurso de aquel año. ¡Sus colores daban ahora nuevo brillo á las armas de su pais! ¡Pero cuántos sucesos habia presenciado desde la salida del sol en aquel dia!

Se vió arrancado de sus reflexiones por el capitán, que le invitó á trasladarse á la casa de la villa, al lado del comité que se habia formado para atender á la seguridad de Rosmin. Antonio se vió, pues, repentinamente trasportado á la sala consistorial, delante de la mesa verde, en medio de extranjeros que le trataban como si fuera su camarada.

Tuvo muy pronto una pluma en la mano y escribió al gobierno un relato verídico de los sucesos del dia. El comité desplegó una grande actividad. Se envió un mensaje á la division militar mas próxima, y se registraron las casas de los sospechosos en busca de los fugitivos.

Los ciudadanos repartieron víveres á los aldeanos que habian manifestado su deseo de permanecer en la poblacion hasta la noche. Se mandaron patrullas en todas direcciones, algunos prisioneros fueron interrogados y se recogieron todas las noticias que llegaban de las inmediaciones.

De varios pueblecitos mandaron á decir que algunas partidas de polacos se dirigian hácia la capital. En el distrito vecino se habia hecho una tentativa semejante.

Allí habia tenido buen éxito y la capital estaba en poder de la juventud polaca. Los fugitivos hablaban de pillaje, de hogueras encendidas en todo el pais, de una insurreccion general en Polonia, y del asesinato de los alemanes. Los rostros de los habitantes de Rosmin se inmutaron; la satisfaccion de la victoria, que durante algunas horas habia reinado en la sala de la casa de la villa, cedió su puesto á los temores de un desgraciado porvenir.

Algunos dijeron que la ciudad debia entenderse con el prisionero M. de Tarow, porque no habia bastante confianza en todos los habitantes de la misma, que muchos de los amigos de los polacos estaban cerca de los muros y que se encontraban todavia en Rosmin buen número de enemigos armados. Pero los pusilánimes se vieron vencidos por el belicoso ardor de la mayoría, y se resolvió pasar la noche sobre las armas y defender la ciudad contra las partidas extranjeras hasta la llegada de las tropas.

En esto llegó la noche. Antonio atormentado por los muchos rumores de las depredaciones sufridas por los habitantes del campo, salió de la sala de sesiones de la casa de la villa, y encargó al bailío que se uniera á los alemanes para salir todos juntos de la poblacion. Salió con sus gentes por las puertas de la ciudad, y llegó hasta las últimas casas del arrabal acompañado por el capitán de la milicia y por el cerrajero, por el sonido del tambor y las repetidas aclamaciones de los cazadores. Despues de pasar el puente de madera que hay sobre el rio, los ciudadanos y los campesinos se despidieron fraternalmente unos de otros.

— Vuestro coche será el último que dejaremos pasar esta noche, dijo el cerrajero. Vamos á quitar las planchas que forman el puente, y colocaremos al otro lado una avanzada.

El capitán se quitó el sombrero y dijo:

— En nombre de la ciudad y de la honorable compañía de la milicia ciudadana, os doy á todos las gracias por el cordial auxilio que nos habeis prestado en este dia. Si llegan tiempos azarosos, como todos tememos, permaneceremos siempre unidos.

— Sí, ¡permanezcamos siempre unidos! gritó el bailío, y los aldeanos repitieron estas palabras.

Las gentes del campo avanzaron en tal disposicion de ánimo por la sombría llanura. Antonio hizo que su coche le siguiera lentamente, y continuó su marcha á pié como los demás. El guardabosque escogió de entre la tropa algunos jóvenes que llevaban los fusiles tomados á los insurgentes, y formó con ellos la vanguardia. El forjador de Kunau, que conocia á todo el mundo en la comarca, formaba lo que el guarda llamaba la cabeza.

Todos los zarzales y sitios sospechosos fueron registrados cuidadosamente. A todos los individuos que encontraron los detuvieron é interrogaron. Llegaron á sus oídos rumores desagradables, pero no encontraron ninguna partida de enemigos.

Todos en este dia se sentian ensalzados á sus propios ojos por la conducta que habian observado; pero nadie se disimulaba en su interior que aquello no era mas que el principio, y que era necesario estar preparado á sucesos mucho mas graves.

— ¿Cómo nosotros, los habitantes del campo, soportaremos esos tiempos de prueba? preguntó el bailío. Los habitantes de la ciudad tienen sus murallas y viven unos cerca de otros; pero nosotros estamos expuestos á la venganza del primer bandido que se presente, y cuando lleguen al pueblo algunos miserables armados con fusiles, estaremos á merced de ellos.

— Es cierto, dijo Antonio. Nosotros no podemos hacer frente á fuerzas regularmente organizadas; cada cual debe soportar en estos tormentosos tiempos las cargas inherentes á una guerra, pero las partidas colocadas bajo el mando de jefes reconocidos, no son las mas temibles. Las mas peligrosas son las cuadrillas de ladrones é incendiarios, y contra esta clase de gentes debemos organizar desde hoy nuestra defensa. Permaneced mañana en vuestras casas, amigos de Kunau y de Neudorf, y envidad mensajeros á los demás alemanes de las inmediaciones que os sean adictos. Mañana por la mañana iré á veros, y discutiremos sobre las medidas que debemos tomar para nuestra seguridad.

Habiendo llegado á la encrucijada de donde partia el

camino que conducia al castillo á través del bosque del señorío, Antonio se quedó todavia hablando algun rato con el bailío y el forjador; luego los tres se saludaron como amigos antiguos, y cada cual emprendió su camino.

Antonio subió al coche llevando consigo al guardabosque para que le ayudara á guardar el castillo durante la noche. Al llegar al medio del bosque, fueron detenidos á los gritos de:

— ¡Alto! ¡Quién vive!

— ¡Cárlos! dijo Antonio lleno de contento.

— ¡Hurra! ¡Hurra! Vive, exclamó Cárlos fuera de sí de alegría lanzando su caballo hácia el coche. ¿Estais herido?

— Sí, ligeramente, contestó Antonio. ¿Cómo están todos en el castillo?

Cada cual refirió entonces rápidamente aquello de que habia sido testigo.

— ¡Ah, qué lástima que no haya estado yo á vuestro lado! dijo Cárlos repetidas veces.

Cuando llegaron delante del castillo, una arrogante y bella figura corrió hácia el coche.

— ¡Señorita Leonor! exclamó Antonio al apearse.

— ¡Querido Wohlfart! dijo esta cogiéndole ambas manos.

Inclinó un instante su rostro encima del hombro de Antonio, y sus ojos derramaron algunas lágrimas.

Antonio tuvo la mano de la joven apretada en la suya, y repuso mirándola con tierno interés:

— ¡Tiempos calamitosos nos amenazan. Todo el dia he estado pensando en vos.

— Puesto que estais otra vez entre nosotros, dijo Leonor, lo escucharé todo con tranquilidad. Venid pronto al aposento de mi padre. No puede contener su impaciencia.

Y le llevó consigo hácia la escalera.

El baron abrió la puerta, y desde el corredor preguntó á Antonio:

— ¿Qué nos traeis?

— La guerra, señor baron, contestó Antonio. He asistido á la mas horrible de todas las luchas, la guerra sangrienta é intestina. Todo el pais está sublevado.

QUINTA PARTE.

I.

Las tierras del baron estaban enclavadas en el territorio de Rosmin. Al Norte, detrás del bosque, se hallaba situada Neudorf, aldea alemana, y un poco mas al Este, Kunau. Una vasta extension de terreno arenisco y lleno de matorrales separaba estos pueblos de las propiedades de los polacos, entre las cuales las tierras de M. de Tarowski eran las que estaban mas cercanas.

El dominio lindaba al Oeste y al Sur con terrenos habitados por una poblacion mixta donde superaba el elemento aleman. En el territorio eslavo habia ricas posesiones señoriales y grandes aldeas. Al Norte, detrás de Neudorf y de Kunau, se extendia un distrito polaco que abrigaba en su seno muchos castillos exigüos, habitados por familias arruinadas ó cargadas de deudas.

— Por aquel lado es por donde nos amenazan los mayores peligros, dijo el baron á Antonio al dia siguiente de la refriega del mercado. Las aldeas alemanas son nuestras avanzadas naturales. Si pudiérais decidir á la gente de los campos circunvecinos á establecer un servicio organizado de vigilancia, sus puestos deberian ocupar la frontera Norte del círculo, y luego nosotros procuraríamos mantener con ellos relaciones directas. No olvideis los fanales, los cuerpos de guardia ni los puntos de reunion. Puesto que estais ya bajo tan buen pié con los campesinos, os será fácil convencerlos. Haced enganchar un coche; voy á trasladarme en persona acompañado del joven Sturm al círculo vecino, para procurar anudar las mismas relaciones con los propietarios rurales del pais.

Antonio ensilló su caballo y partió para Neudorf. Durante la noche se habian recibido noticias de nuevos desastres. En algunas aldeas alemanas ocupadas por partidas armadas, habian sido registradas las casas en busca de fusiles, y se habian llevado á la fuerza á los jóvenes útiles.

Las labores del campo se hallaban abandonadas; los hombres estaban todos sentados en la taberna, ó bien se congregaban delante de la casa del bailío, irresolutos, aguardando un nuevo ataque.

Cuando Antonio llegó á la aldea, la multitud se precipitó á su encuentro. Habiendo convocado el bailío á los habitantes del pueblo, el comun se encontró muy pronto reunido con gran concurrencia. Antonio expuso en pocas palabras lo que seria necesario hacer para preservar á la aldea de un golpe de mano.

Invitó á organizar una milicia, á señalar un punto de reunion para el caso de alarma, á establecer avanzadas en todos los caminos de las poblaciones limítrofes, á enviar patrullas en todas direcciones, y finalmente á adoptar todas las medidas de precaucion que habia indicado el baron.

— De este modo, continuó, vuestros vecinos podrán acudir á vuestro auxilio al primer llamamiento; os hallareis en estado de defenderos contra una simple agresion, y en caso de ataque formal, podreis reclamar prontamente el auxilio de las tropas. Garantizareis á vuestras

mujeres y á vuestros hijos contra los malos tratamientos, os vereis libres de exacciones, no saquearán vuestras casas ni os arrebatarán vuestros ganados. Comprendo que será para vosotros una gran molestia tener cubiertos día y noche los puntos, pero vuestra aldea es grande, y tal vez el mismo gobierno adoptará en breve estas medidas. Está en el interés de todos nosotros no aguardar hasta entonces. Es necesario que desde el primer momento nos encontremos en estado de defensa.

Las apremiantes amonestaciones de Antonio y la autoridad del sabio bailio decidieron al comun á adoptar medidas enérgicas. Antonio, acompañado por el bailio y los individuos del cuerpo municipal, visitó las fronteras y fijó los sitios donde se habian de establecer los cuerpos de guardia y los puntos de reunion.

Al mismo tiempo el maestro de escuela redactó la lista de los hombres aptos para la milicia, indicando los que prestarían el servicio de caballería y cuáles el de infantería.

También formó una nota exacta de todas las armas que habia en la aldea. Algunos se mostraron dispuestos á comprar un fusil. Los jóvenes tomaron el negocio á pecho, y las mujeres tuvieron la precaucion de guardar en paquetes y cajas todo lo mas precioso que poseian.

Antonio se trasladó á Kunau con los jefes del consejo de Neudorf. También encontró allí muy buena voluntad; se concertaron las mismas medidas de seguridad, y se convino que los jóvenes de los dos pueblos se reunirían todos los domingos despues del medio día en el castillo del baron para hacer allí todos el ejercicio.

Cuando Antonio volvió al castillo, se discutieron los medios de defensa del mismo. Un ardor belicoso puso pronto en combustion á la colonia alemana; este ardor se apoderó de todo el mundo, hasta de los mas pacíficos. En este número se contaban el pastor y su perro Krambow. A consecuencia del servicio de avanzada y de patrulla, Krambow dirigió contra las canillas de los extranjeros la cólera que en otro tiempo no desahogaba mas que en sus camaradas mas jóvenes.

No se pensaba mas que en adquirir armas, y se hicieron pesquisas en busca de todas las que podia haber en la propiedad; todo el mundo estaba animado de los mejores sentimientos, pero el número de defensores era reducido; faltaban soldados. En cambio, el estado mayor era de los mas brillantes.

A la cabeza estaba el baron en persona, inválido, es cierto, pero hábil táctico. Luego seguian Carlos y el guardabosque, como jefes de la caballería y de la infantería; y el concurso de Antonio no era de despreciar para la intencionada y las fortificaciones.

El baron abandonaba ahora todos los dias su cuarto para tener consejo de guerra y presenciar los ejercicios de la milicia rural. Escuchaba las relaciones de los movimientos verificados en las cercanías, y enviaba mensajeros á los centros alemanes. Su rostro estaba radiante de orgullo militar; reprendia suavemente á la baronesa por sus temores, dirigia palabras animosas para alentar á los alemanes que le rodeaban, y amenazaba á todos los mal intencionados del pueblo con hacerlos prender y meterlos en la cárcel hasta nueva orden.

Era un espectáculo conmovedor para todos los habitantes de la granja ver al anciano baron ciego, mantenerse vigoroso con un mosquete en la mano, enseñando el ejercicio al guardabosque, prestando luego el oido para asegurarse, por la manera con que el guarda ejecutaba los movimientos, si le habia comprendido bien. Antonio también estaba lleno de guerrero ardor; puso una escarapela en su gorra, y su voz adquirió un acento de severidad militar.

Desde la jornada de Rosmin llevaba grandes botas de pescador, y la pesadez de sus pasos resonaba en la escalera. Se hubiera reido de sí mismo, si le hubiesen preguntado con qué objeto expresaba con los piés lo que agitaba su cabeza. Pero nadie se lo preguntaba, porque todo el mundo conocia que esto era necesario. Carlos sobre todo estaba penetrado de esta idea; no se presentaba jamás en público sin vestir los restos de su traje militar, con su uniforme y su gorra de húsar.

Retorcía su bigote, y todo el día silbaba canciones militares. Como los que debian causar mayor temor eran los vagabundos y las gentes de mal vivir del pueblo, Carlos convocó á la taberna á todos los que habian servido en el ejército; acompañado por el guardabosque, al que su reputacion de nigromante daba gran ascendiente, engalanado con su kolback y su dolman y el sable ceñido, les dirigió un enérgico discurso. Los trató como verdaderos camaradas, y pegando en la empuñadura del sable, exclamó:

— Nosotros los militares mantendremos el orden entre los paisanos.

Hizo servir en seguida algunos litros de aguardiente, y cantó con sus camaradas los aires guerreros mas apasionados. Finalmente, les distribuyó nuevas escarapelas y les hizo prestar juramento como lanceros de la milicia del castillo. De esta manera aseguró, á lo menos por algun tiempo, el concurso de los hombres mas activos y capaces, y supo por ellos todo lo que se podia maquinar en la taberna contra la tranquilidad pública.

Al día siguiente, cuando las fuerzas militares del dominio señorial fueron revistadas delante del castillo, todos los hombres se miraron unos á otros sorprendidos. Despues de los últimos días todos estaban metamorfoseados. Antonio tenia el aspecto de un salvaje, habitante de los países pantanosos, que permanece todo el día en el agua, y no busca su presa mas que con la parte alta del cuerpo. Los hombres de la nueva granja llegaban como almas del otro mundo.

El guardabosque, con los cabellos cortados y su larga barba, su raído traje gris, su sombrío y arrugado rostro y sus largas y espesas cejas, parecia un antiguo mercenario del ejército de Wallenstein, que habia dormido durante dos siglos en el fondo de un bosque y que reaparecia en el mundo, despertado por el genio de la discordia. Y si el odio y la desesperacion bastan para metamorfosear á cualquiera en soldado de Wallenstein, el guardabosque era verdaderamente lo que parecia.

El pastor iba á su lado vestido como un verdadero husita. Su sombrero redondo de anchas alas le bajaba hasta la espalda, llevaba un ancho cinturón de cuero, y su mano empuñaba una especie de cayado guarnecido con una puntiaguda contera de hierro. La tranquilidad de su rostro y la expresion reflexiva de su mirada establecian el mas chocante contraste entre él y el hombre de los bosques.

Todo el efectivo de la fuerza armada del castillo no pasaba de veinte hombres. Con tan pequeño número de defensores, era difícil organizar un servicio activo de guardias en el castillo y en el pueblo. Cada cual se veia obligado á multiplicarse. Sin embargo, nadie se quejaba; los antiguos militares establecidos en el pueblo estaban siempre dispuestos á todos los servicios que se les encomendaran.

Despues que se hubo organizado la guarnicion del castillo, se pensó en los medios de asegurar su defensa. Para preservar de una sorpresa nocturna la parte trasera del gran edificio, Antonio hizo construir una empalizada con fuertes estacas, de una á otra ala de la casa.

De esta manera quedaba separado un espacio bastante grande del corral; además se adosó al muro de la casa una cochera abierta, donde, en caso necesario, podian abrigarse por algun tiempo los fugitivos, los caballos y los jinetes.

Como la planta baja de la casa era bastante elevada, las ventanas cerradas con tablas y todas las entradas de la misma estaban en el corral nuevo, el acceso al castillo era bastante difícil. Estando situados los pozos fuera del recinto entre el castillo y el corral de la granja, se puso en aquel una gran bota que se tenia especial cuidado de llenar de agua cada mañana.

También se recibieron noticias de Rosmin. Despues de varias demandas reiteradas, el cerrajero compareció al cabo de algunos días para poner cerraduras á la empalizada y á la puerta de la torre, guarneciéndolas al mismo tiempo con fuertes cerrojos. Fué portador de los cumplimientos militares del capitán de la milicia, y refirió que habia entrado en la ciudad un destacamento de infantería.

— Pero como los soldados son pocos, dijo, nosotros y nuestros cazadores prestamos un servicio muy pesado. — ¿Y qué habeis hecho de vuestro prisionero?

El cerrajero se rascó detrás de la oreja, dió vueltas á su gorra y contestó en voz baja:

— ¡Ah! ¿no sabeis nada todavía? Despues de la primera noche los enemigos nos enviaron á decir, que si no les entregáramos inmediatamente el noble prisionero, vendrian en masa á quemar nuestras granjas. El capitán y yo tuvimos buen cuidado de protestar, pero todos los que tenian granjas empezaron á lamentarse. Se siguió de esto que la ciudad entró en acomodamiento

con M. de Tarow. Despues de haberle hecho dar palabra de que él ni ninguno de los suyos emprenderian nada contra Rosmin, se le condujo á la otra parte del puente y quedó en libertad.

— ¡Cómo! ¿ese bribon está libre? exclamó Antonio irritado.

— ¡Así es desgraciadamente! ya le teneis en sus tierras rodeado de una turba de jóvenes nobles, cabalgando como en tiempos pasados á través de los campos, luciendo sus escarapelas. Tarowski es un hombre astuto, que con las barbas de una pluma abre todas las cerraduras, y que se burla de todo el mundo. No se sabe cómo prenderle.

En medio de aquellos armamentos, naturalmente los trabajos de la granja sufrieron algun entorpecimiento. Sin embargo, Antonio procuró severamente que se hiciera á lo menos lo mas indispensable; pero ya se sabe que hay circunstancias en que todas las cuestiones de intereses desaparecen ante la necesidad de la propia conservacion. Rumores cada día mas alarmantes le tenían á él y á todos los que le rodeaban en una excitacion y fiebre continuas. Se veia adelantar el porvenir con una completa indiferencia, y se soportaban los disgustos de cada día como una cosa muy natural.

Nadie en el castillo estaba tan agitado como Leonor. Desde el día en que estuvo aguardando el regreso de Antonio en una cruel ansiedad, habia empezado para ella una nueva existencia. Mientras su madre, entregada á su afliccion, se desesperaba, el corazón de Leonor latia con mas fuerza á vista de la inminente tempestad, y se abandonaba con apasionada alegría á los movimientos de una sobreexcitacion siempre creciente.

Todo el día estaba fuera; cuando hacia mas mal tiempo, iba y venia del castillo á la granja como ayudante de campo de su padre ó como simple voluntario. Se la veia á la puerta del figon tan constantemente como el mas gran bebedor, porque todos los días recogia alguna noticia del figonero ó de su mujer. Desde que Carlos vestia el uniforme de húsar, le trataba con cierta familiaridad militar, y cuando este conferenciaba con el guardabosque, ella tomaba parte en las deliberaciones.

Los tres se reunian con frecuencia en consejo en el cuarto de Carlos ó bien en la granja. Los hombres escuchaban con respeto los consejos que les daba la joven, y no dejaban de preguntarle si juzgaba oportuno confiar un fusil á Ignacio, á Teófilo ó á Blas.

La baronesa no consiguió por medio de ruegos ni de amonestaciones calmar el ardor belicoso de su hija. Antonio no fué tampoco mas afortunado: aunque él se sintiera excitado, esto mismo le desagradaba en Leonor. No podia menos de reprocharle un ardimiento tan grande y su excesiva vehemencia. Esto la hacia enfurruñar un poco y la obligaba á ocultar sus verdaderos sentimientos en presencia de Antonio, pero no por esto se enmendó.

(Se continuará.)

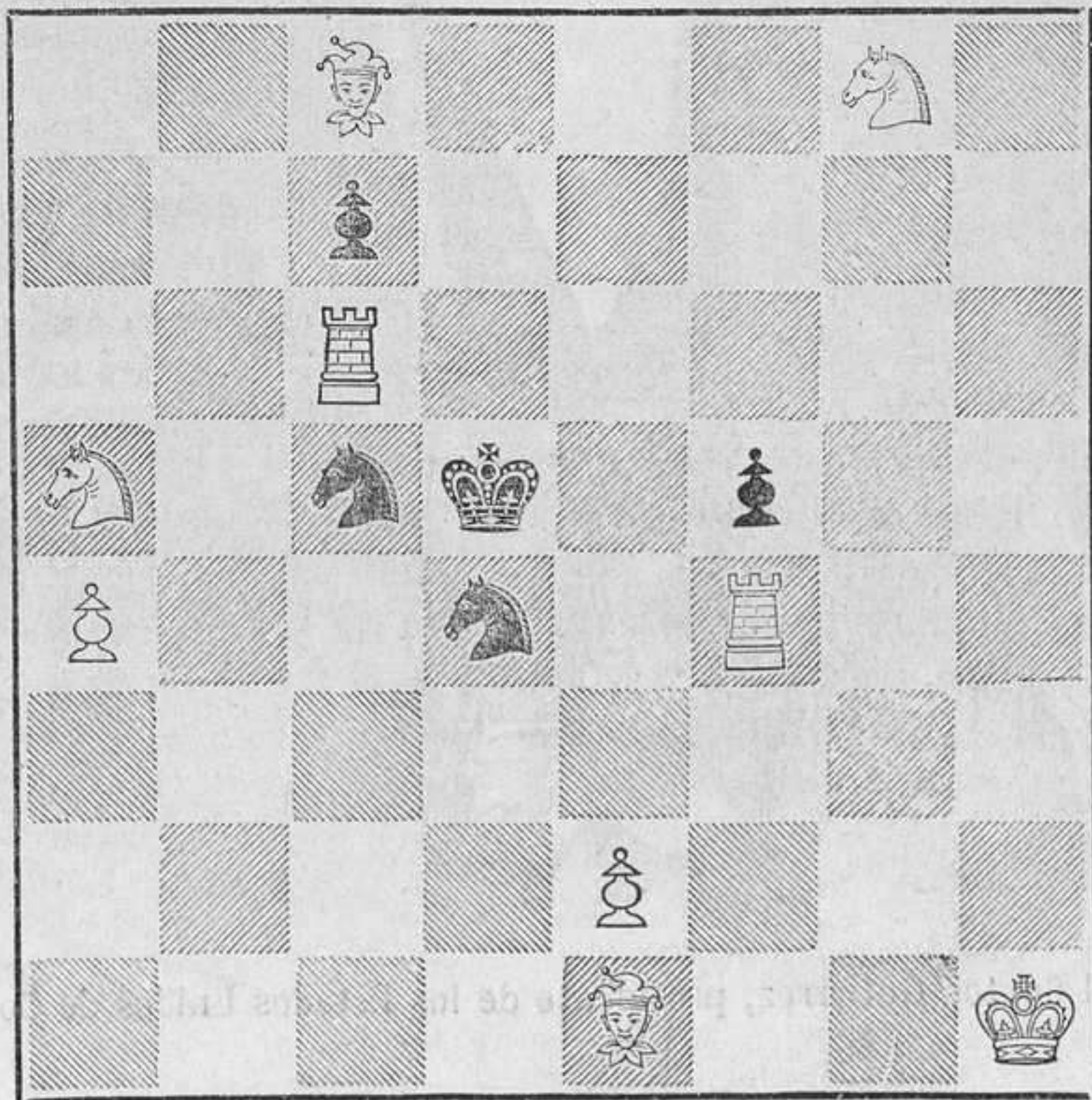
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 273.

- | | | |
|---|---------------|------------|
| 1 | A 5ª R | C 6ª TR |
| 2 | A 3ª ARª | P toma A |
| 3 | T 5ª Rª | Cualquiera |
| 4 | T jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 274, POR M. WALTHER ENGELHARDT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en dos jugadas.

El meteoro del 7 de octubre de 1868.

En la noche del 7 al 8 de octubre, á las doce y algunos minutos, sorprendió á los habitantes de París la aparicion de un magnífico meteoro que venia del su-deste y que viajaba con gran velocidad hacia el noroeste, dejando en pos de sí un torrente de luz. Durante algunos segundos París estuvo iluminado como lo habria podido estar por un inmenso fanal eléctrico, y luego de repente todo se apagó con una rapidez prodigiosa. Varias personas que se hallaban en las alturas de Belleville vieron que en aquel instante el aerolito se asemejaba á un cono de fuego cuya base estaria vuelta hacia la tierra. Las zonas del noroeste de París habrian recibido una lluvia de piedras, si la explosion no hubiese tenido lugar en las regiones superiores de la atmósfera, si la mayor parte de los restos del aerolito no se hubiesen reducido á polvo impalpable.

Empero al caer de una altura igual quizá á 50 ó 60 kilómetros ¿se trituraron así todos los fragmentos del aerolito? Nos es imposible responder á tal pregunta; mas decimos, ninguna de las relaciones que se han dado á luz relativamente á los restos recogidos nos parece fundada: por do quiera que hemos ido, no hemos hallado mas que pruebas negativas.

El punto donde ha hecho explosion el meteoro ha sido, al parecer, entre Ruan y el mar, cerca de Saint-Saens, donde mas se ha sentido el ruido. Este magnífico aerolito se ha visto en Dusseldorf, Amiens, Granville, el Havre, Lóndres y Edimburgo, lo que prueba que viajaba á una altura de 100 kilómetros cuando menos.

En Lóndres no se oyó el ruido de la explosion, ni tampoco se observó una luz tan viva como en París; sin embargo, el aerolito tenia un diámetro tan ancho como el de la luna, esto es, igual á medio grado. Esta circunstancia no permite atribuir al globo que ha venido á tropezar con la tierra, un radio menor de un kilómetro. ¡Relativamente á nuestra tierra es un átomo! Un infusorio que tropieza con una ballena en el Océano la causaria una herida mas importante. Si el aerolito hubiese penetrado hasta el fondo del océano aéreo y hubiese caído sobre París, la ciudad quedaba reducida á



El metegro de la noche del 7 de octubre en Paris Vista tomada en los Campos Elíseos.

polvo. ¡Pero la atmósfera es un escudo muy eficaz para detener la caída de cuerpos que marchan con una velocidad que puede ser hasta mil veces la de nuestros trenes mas rápidos!

W. DE F.

El general

SANTOS GUTIERREZ,

PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA.

Nació en 1827. Hizo excelentes estudios literarios, filosóficos y de jurisprudencia hasta obtener el título de doctor. Lanzado desde muy joven en la política militante, se ha distinguido siempre por la sinceridad de sus convicciones, la fidelidad á su bandera y su acrisolado patriotismo.

Valiente en grado heroico y hábil estratégico, ha ganado muchas batallas y siempre se ha mostrado muy humano.

Después de haber servido al país como diputado al Congreso, gobernador de varios Estados, vice-presidente de la República, etc., los colombianos le han elevado, por una lujosa mayoría de votos, á la primera magistratura de la nación. El general Gutierrez ha inaugurado una política liberal, progresista y nacional. Ha empezado á poner en práctica el bellissimo programa que publicó siendo vice-presidente: «Prescindir de pasiones de partido, hacer efectiva la libertad para todos, llamar á los puestos públicos á todos los colombianos, á cualquier matiz político á que pertenezcan, con tal de que sean aptos, patriotas y honrados. Gobernar con



El general Santos Gutierrez, presidente de los Estados Unidos de Colombia.

la Constitución y las leyes, consagrarse á la consolidación del crédito público, á la reorganización de la hacienda, á la difusión de la instrucción pública.»

El general Gutierrez es tan modesto como desinteresado. Será bueno citar algunos hechos de su vida: fué necesario que sus amigos le hicieran coacción para que se decidiera á aceptar el grado de general que á fuerza de servicios habia merecido. La Convención de Rio-Negro quiso asignarle una renta vitalicia de cuarenta mil francos, así como ya habia decretado en favor del general Mosquera una renta vitalicia de 10,000 francos. El general Gutierrez rechazó la pensión, declarando que no habia servido á la patria por alcanzar medros.

La Convención decretó entonces que se le pagase una suma de 150,000 francos, por los daños y perjuicios que habia sufrido durante la guerra. El general Gutierrez rechazó la indemnización que se le queria dar, alegando que tambien otros colombianos habian sufrido perjuicios como él; que no siendo posible indemnizar á todos, porque seria gravoso para el Tesoro público y constituiria un funesto precedente, seria soberanamente injusto establecer un privilegio en favor de él.

La Convención le decretó entonces una corona cívica de altísimo valor. El general Gutierrez aceptó el honor; pero pidió que las sumas que deberian emplearse en tal objeto fuesen aplicadas al auxilio de las viudas y huérfanos de los cuerpos que habian combatido bajo sus órdenes.

Hé ahí algunos ligeros rasgos que ponen en evidencia el noble carácter del actual presidente de los Estados Unidos de Colombia, una de las repúblicas mas adelantadas y pobladas de la América latina.

TH. DE L.